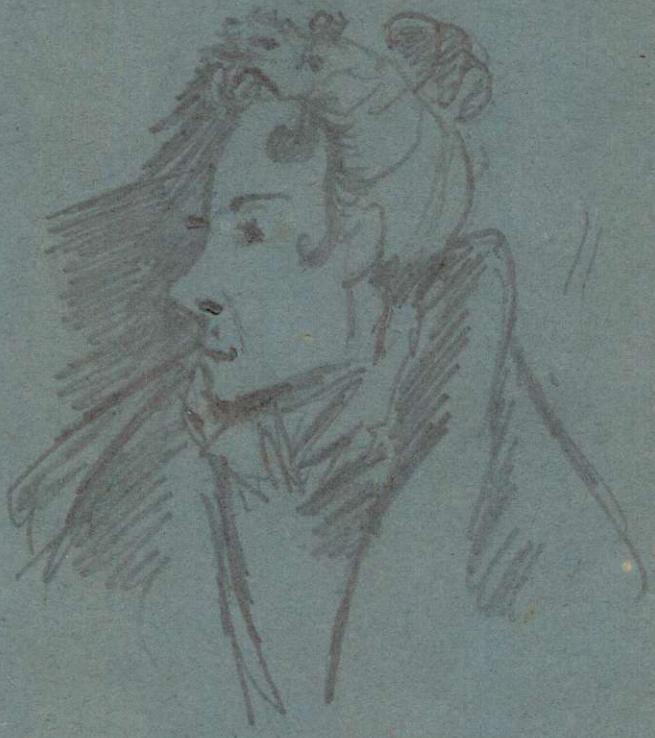
10 de Agosto de 1922

¿Qui êtes vous...

22 de Mayo de 1893.

¿Luis? ¿Outre fois!



R. 221553
ANT
XIX
2622

LEYENDAS

Y

TRADICIONES

POR EL EXCMO. SR.

D. ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.

GRANADA.
Imprenta de LA LEALTAD, á cargo de J. G. Garrido.
1887.

EL PALACIO DEL HARMÉS.

Tradición.

I.

En un ángulo de la plaza de *Bib-Eleccet,* existía por los años de 1491 un palacio suntuoso, adornado con todo el primor de la arquitectura arábiga. Techos de nácar y oro, ajimeces calados como encaje, y esbeltas columnas de mármol negro, en cuyos capiteles y frisos se ostentaban entre preciosas grecas, dísticos y leyendas en caracteres africanos, formaban sus principales adornos.

Lo vivía su dueño, un moro insigne y piadoso, llamado Aben-Abdalá-El Harmés, más conocido por este último nombre. Riquísimo comerciante y pariente de Alí-Dordux el de Málaga, estaba penetrado con harto dolor de su alma, del fin próximo de la dinastía musulmana.

Desde el último combate en que por causa del pánico de la infantería, pereció lo más escogido de los caballeros granadinos, la plebe hambrienta y despechada, tenía en continua zozobra á las personas de valer y de posición. Por otra parte, el castigo impuesto por los conquistadores á las ciudades que habían extremado su resistencia, les obligaba á pensar la manera de sufrir menos en la terrible desgracia que les acontecía.

Así es, que su palacio era frecuentado por muchos importantes y pacíficos ciudadanos, comisionándolo por último á que solicitase una audiencia de Boabdil, para exponerle el estado angustioso en que se veian.

No fué esta la última que celebró con el desventurado monarca, en unión de otras personas de valimiento, del alcaide Abul Cacin, del wacir Aben Comixa y del Cadí. La ley de la fuerza se impuso, y con Gonzalo de Córdova y el Secretario Hernando de Zafra se trataron las treguas y capitulaciones.

Para enterarlos de tan interesantes particulares, al medio dia del 5 de diciembre del dicho año, se hallaban congregados en el salón principal, infinidad de sus amigos y allegados.

Despues de lamentar, como es consiguiente, la ruina de la patria y de invocar el fatalismo para conformarse con su suerte, la mayor parte que no eran del partido

belicoso, ni se hallaban dispuestos á abandonar sus bienes y comodidades emigrando á otros países, desearon conocer lo que podrían esperar de sus vencedores.

—La impaciencia nos devora, le dijeron, ¿habeis logrado copia de las condiciones?

—Son más favorables que ninguna otra de las obtenidas hasta aquí. Verdad es, que se llevan el último baluarte de nuestra raza. Y dos lágrimas de fuego cayeron en el pergamino. Escuchadlas y juzgareis.

«Sus Altezas, (los reyes Fernando é Isabel) por sí y á nombre de sus descendientes, »se obligan á respetar para siempre jamás los ritos musulmanes, sin quitar las mez»quitas, torres de almohedanos, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impe»dir que sus propios y rentas se apliquen á la conservación del culto mahometano; »y si algún cristiano entrase en las mezquitas sin permiso de los Alfaquis será »castigado.

»La justicia continuará administrada entre moros por jueces musulmanes y con »arreglo á sus leyes, y todos los efectos civiles, relativos á herencias, casamientos, »dotes, etcétera, continuarán atemperados á sus buenos usos y costumbres.

»Los alfaquis continuarán difundiendo la instrucción en las escuelas públicas, y »percibiendo las limosnas, las dotaciones y rentas asignadas á la intruccion, con ab»soluta independencia é inhibición de los cristianos.

»Cualquier moro de Granada y de la Alpujarra, que estuviese ausente podrá some»terse al tenor de estas capitulaciones, en el término de tres meses, y ningún renegado podrá ser molestado ni insultado por su conducta pasada.

»Los moros que tuviesen por mujer alguna cristiana que se hubiese tornado mora, »no serán violentados para divorciarse, salvo si la esposa manifestase libremente, ante »una comisión de moros y cristianos, que deseaba reconciliarse con su religión primi»tiva; y los hijos de estos matrimonios quedarán libres para seguir la religión que les »aconseje se su conciencia.

»Si alguna mora, enamorada de cristiano abandonase la casa de sus padres, tutores »ó parientes, con ánimo de casarse, llevándose ropas ó alhajas que no fuesen suyas, será » depositada y amonestada, y las prendas sustraidas serán devueltas á sus dueños, »procediendo contra la culpada, si hubiese méritos para ello.

»Á nadie se podrá exigir cosa alguna apresada en las guerras anteriores; pero las »deudas se realizarán, y los contratos se llevarán á puro y debido efecto.

»Los judíos de Granada y de la Alpujarra gozarán de todos los beneficios de esta »capitulación.

»Ningún caballero, amigo, alcaide ni criado del Zagal obtendrá mando ni cargo de »gobierno sobre los moros de Granada.

»Las contestaciones y litigios entre moros y cristianos se decidirán por jueces de am»bas partes.

»Habrá entrega recíproca de cautivos moros y cristianos.

»Las acequias de aguas limpias para el surtido de la ciudad serán guardadas, para »que ningún cristiano ni moro lave ropa ni arroje inmundicia, bajo pena severa.

»Los alguaciles y almotacenes moros continuarán en el ejercicio de sus funciones, »sin que sea lícito á los cristianos alterar estos oficios; las abacerías y carnicerías de

»los moros estarán apartadas de las de los cristianos, y si alguno mezclase carnes »vedadas, será castigado» (1).

Cuando se concluyó la lectura, los oyentes con la cabeza inclinada demostraron el más profundo dolor.

—Ya se perdió la Damasco de Occidente.

—Ya se ha hundido en el polvo el trono de Alhamar el Magnífico.

—Alá lo ha permitido, cúmplase el destino.

Tales eran las frases que se escapaban de todos los labios.

—¿Pero estos contratos, se respetarán por los orgullosos conquistadores? preguntó Soleiman, el *Xelife* mayor ó maestro del arte de la seda.

—Hay que creerlo así de esa hidalguía castellana que tanto invocan, le respondió Abrahan, el judío que guardaba en sus almacenes los más ricos perfumes y las más preciadas telas del Oriente.

De pronto se oyó un ruido espantoso, y el barrear de las puertas exteriores y el apercibirse los servidores á la defensa.

Algunos guijarros penetraron en el salón, rompiendo las cubiertas de cristales de colores del patio.

—Mueran los nobles, perezcan los ricos, ahorquemos á los traidores. Tales eran las voces que daba una plebe vil y mugrienta que engrosaba por momentos.

Los congregados se asomaron á una elevada celosía.

—Es el santon, que habita en la cueva de las faldas del Generalife, quien predica á las turbas, dijo el Harmes, quieren saquear y despues apoderarse de la Alhambra.

—Esto complica nuestra dificil situación. Si se quebranta la tregua, las condiciones serán despues más onerosas, añadía otro rico mercader.

El dueño del palacio llamó á dos esclavos de su confianza,

—Es necesario que ese fanático desaparezca esta noche. Que se le embarque ó se encierre.

Aquellos hicieron un signo de asentimiento, retirándose despues.

Los amotinados trataban de cometer excesos, pero ante la actitud del vecindario se alejaron continuando en su vocerío.

Al dia siguiente, el instigador no pudo encontrarse, y el resto de la turba fué disuelto por los nubios de la guardia africana.

Este fué el último esfuerzo que hizo Granada en pró de su independencia.

II.

Verificóse la rendicion: el 2 de Enero entraron las primeras tropas castellanas á enarbolar el estandarte de la cruz, abatiendo las lunas agarenas.

No tardaron en cumplirse las predicciones y temores de los vencidos.

Meses despues, á despecho de los tratados, empezaron á olvidarse las cláusulas solemnes, hasta la total expulsión del reino de los infelices moriscos.

---

(1) Lafuente Alcántara, tomo 4.°

El Harmez, vió con pena convertirse la mezquita que daba frente á su palacio, en la hoy iglesia de San Nicolás, prohibirles el uso de sus armas y trajes á sus compatriotas, y obligarles por fuerza á convertirse, por el exagerado celo religioso de Fray Jimenez de Cisneros.

Para consolar en parte tantos males entregó la mitad de su fortuna á sus deudos, enviándolos á Trípoli, y lo restante lo repartió entre los pobres de su raza. No sobreviviera á tantas catástrofes, siendo llorado por vencedores y vencidos y su nombre pasó á la posteridad como el de un varón justo.

III.

A mediados de este siglo, aún podian contemplarse algunos trozos del antiguo palacio y especialmente un resto de corredor descubierto al mediodia, donde se hallaba esta inscripción emblema de la piedad de su primitivo dueño. «Dios ha puesto una venda »impenetrable delante de sus ojos, y obstáculo eterno delante de sus manos, no puede »obrar, ni ver.» Y en los remates de la columnata esta sentencia: «Dios es eterno Dios, Dios es Rey, Dios impera» (2).

Hoy la casa famosa no existe, y sobre su espacio se levanta un destrozado edificio de vecinos, donde custodian su hato unos cabreros.

---

(1) Jimenez Serrano, *Libro del Viajero.*

EL PATIO HONDO.

Leyenda.

I.

«Que para llegar á vos
»(me dijisteis cierta noche),
»era menester brillase
»en distintos horizontes.
»Fuí á la guerra de Flandes,
»y gané entre sus horrores,
»insignias de capitán
»y ejecutoria de noble.
»Ved, doña Luz, si es preciso
»que más alto me remonte,
»que alientos me da el amor,
»para conquistar el orbe.
»Hasta el dia me hallareis
»al pié de vuestros balcones,
»mi corazon y el billete
»ó se aceptan, ó se rompen.

—

—¿Qué amante y qué decidido!
¿y dónde le hablasteis, dueña?
—En la esquina: le hice seña
y dió el papel consabido.
¿Respondereis?
—Sin falsía.
Su amor mi ventura labra:
ha cumplido su palabre
y debo cumplir la mia.
—¿Vuestro padre?
—Aunque severo,
gran duda no se me ofrece,
don Lope no desmerece
del más alto caballero.
Y prevenidle que advierta
que del rosario en la cruz,
le ha jurado doña Luz,
ser viva su esposa, ó muerta.

II

Un antiguo servidor
del gran Felipe Segundo,
retirado por su edad
á más tranquilo tugurio,
tiene en la calle de Zafra
en un palacio su escudo.
¿Quién dijera al moro Aibar,
que aquel mágico conjunto
de techos filigranados
y de ajimeces morunos,
llegára su dueño á ser
un inquisidor adusto
que tapando celosías
á su capricho, dispuso
herrada puerta y balcón,
pegote en aquellos muros?
Solo respetó un cubil,
mazmorra en tiempos antiguos,
sótano que á flor de tierra
en un patinillo oscuro
abre una trampa, que presta
mal olor del aire húmedo.
Don Gonzalo de Hinestrosa
es el hidalgo á que aludo;
una hija tiene no más,
compaña y consuelo único.
Y allí transcurre su vida
cada vez más cejijunto,
por el peso de los años,
y por su caracter duro,

III.

En un lujoso aposento
de Valladolid la egregia,

un orgulloso doncél,
con un servidor conversa.
Debe ser interesante,
pues precauciones extreman,
y bajan la voz , y corren
los cerrojos á las puertas.
Aunque es jóven el hidalgo,
y de la antigua nobleza,
tiene un no sé, que repele,
en su faz y en sus maneras.
Parte de su mayorazgo,
gastó entre el juego y las fiestas,
no muy limpio con los naipes,
ni muy bravo en las pendencias.
Solo su alcurnia le salva,
que al cabo lo consideran,
como hijo de antiguo conde,
rayo español en la guerra.
—No has tardado, buen Antunez,
dice entregando una ofrenda,
al lacayo, que le escucha
inclinada la cabeza.
—Serviros mi gusto ha sido,
mi gratitud es inmensa.
—Hablemos de lo importante,
¿las noticias?
—Todas buenas.
—¿Viste la dama?
—La ví.
—¿Es linda!
—Como un estrella.
—¿Sus cualidades?
—De santa.
—¿Y su atavío?
—De reina.
—¿Qué murmuran en Granada?
—Que es su más rica heredera.
—¿Y de amores?
—Nada oí.
—¿Pretendientes?
—A docenas.
—Entonces, monta á caballo
y no pares la carrera
con el billete en que pido
con la mano de mi deuda,
venturas para despues
y ahora remedio á mi hacienda.

IV.

«Tio y señor, bien colijo
»que es honra de gran valia,
»lograr la súplica mia
»de llamarme vuestro hijo,
»Mas no cause pesadumbre
»que como buen español,
»pretenda arrimarme al sol,
»a que me preste su lumbre.
»Sol puro, luciente y claro
»es, señor, mi prima hermosa:
»concededla por esposa.
»á D. Luis Sanchez de Haro.
Tal es la carta que lee
don Gonzalo en tono serio,
y medita la respuesta
que ha de llevarse el mancebo.
—Vuelve mañana, le dice
al portador, y ese tiempo
gastando este bolso empleas,
aunque vayas al infierno.
Con las monedas y el grito,
Antunez salió corriendo,
bién sabe que al fin y al cabo,
los años agrían los genios.
Muy corta fué la misiva:
—«Don Luis, su palabra acepto,
«veniros en este més,
»lo demás cargo con ello.»
Y sin más explicaciones
dando un bufido al correo,
llama á Luz á su despacho
y la dice;—hablarte tengo.
He decidido casarte,
con Luis, tu primo y mi deudo;
cuando llegue, lo verás,
que sola estés no deseo,
es mozo de mi linaje
y se merece mi afecto.

—

Atónita con la nueva
quedó la niña un momento;
mas desciende de buen tronco
y al labio no pone sello.
—Obediente para vos
lo he sido, debeis saberlo;
pero casarme con él
nunca, que amarle no puedo.
Rojo se puso de ira,
y dice el terrible viejo,
—Tomad, doña Luz, el manto
que salimos de paseo.
Cuando la vió cobijada,
exclama con ronco acento:
—Hola, pages, mi litera
y á *Santa Isabel* marchemos.
No se hablan por el camino;

ella solloza, él ni aun eso,
y en la *sala de visitas*,
es donde rompe el silencio.
—Señora abadesa, añade,
doña Luz, mi hija, os entrego;
ó la dais para el altar,
ó para siempre aquí dentro.

V.

Don Luis recibió el billete
y acto continuo viaja,
que en realizar el consorcio,
cifra toda su esperanza.
Cuando escucha á don Gonzalo,
cortés su desprecio calla,
conviniendo en indagar
de estos desdenes la causa.
—Mi valía y servidores
tomadlos si os hacen falta,
es asunto que no está
al alcance de mis canas.
Disponed como gusteis,
sobrino, de hacienda y casa,
me hallo enfermo, y de coraje
el corazon se me salta.
El jóven lo tranquiliza,
y pronto en su nueva estancia,
con Antunez se aconseja,
del nuevo plan de campaña.

VI.

¡Amor, que llenas el mundo,
qué de duelos ocasionas,
qué de tristezas motivas,
y qué de esperanzas robas!
Don Lope cuando tocaba
el puerto de la Victoria,
la realidad desvanece
sus ilusiones hermosas.
Cuanto ocurre con su amor
en larga fecha lo ignora,
hasta tener con la dueña
una entrevista, aunque corta.
Entonces loco y celoso
pasa las noches en ronda,
las tapias del monasterio
pensando como las rompa.
En tan ingrata tarea,
una noche silenciosa,
ocho embozados le siguen,
lo amordazan y aprisionan.
Y solo escucha una voz
juvenil, más dura y bronca,
que ordena, que *al patio hondo*
lo lleven á la mazmorra.

—

Al amanecer, don Luis
las manos con gozo frota.
—Ó ella accede á mis deseos,
ó su galan se evapora.
Esto le responde á Antunez
cuando le pide la norma
que ha de seguir con el preso
que bajo tierra coloca.
—Que firme en este papel
renuncia á su empresa loca,
ó solo con pan y agua
á irse del mundo disponga.

—

¡Pobre Luz, que en claustro triste
sus penas sin cuento llora,
los breves goces de un dia
y las dichas ilusorias!

VII.

—Ya profundicé el misterio
dice Luis á don Gonzalo:
disponed como gusteis.
—Nada dispongo ni mando.
Mis facultades os diera,
obrad como buén hidalgo,
que la pena de mi hija
me está la vida quitando;
y si dentro de muy poco
no está el asunto arreglado,
os vais á Valladolid
y yo mi Luz me la traigo.

—

Nada replica el doncél,
para sí lo manda al diablo,
y con su cómplice busca
el modo de su adelanto.
¿Le vieron entrar? pregunta,
—Nadie, responde el criado.
—¿Le oirán?
—Es cosa imposible.
—¿Tiene escape?
—No hay un claro.
—¿Y la escalera?
—Quitada,
y aquí la llave del patío.
Mañana al oscurecer
firma, ó muere.
—Idos despacio,
que es un valiente. Don Lope,

—¿Le temes?
—Probé sus brazos.
Si nó venimos los ocho,
no se logra el sujetarlo.
—Sírvele en el alimento
aquel compuesto que usamos.
—¿Y el viejo?
—Por él nos urge,
que ha puesto al asunto plazo.
—Pues á probar si es posible
á ese don Lope asustarlo.
Y una sonrisa infernal
brilla al despedirse ambos
en los rostros que semejan
figuras de condenados.

VIII.

Fria tarde de Noviembre,
el cielo encapotan nubes,
presagiando la tormenta
que en el horizonte ruge.
La embocadura del Darro
se pone de tintas lúgubres,
y al estampido del trueno,
las centellas se reunen.
Una avenida terrible
que árboles troncha y desune,
con olas de turbias aguas
casi los pretiles cubre.
En el hondo calabozo
don Lope siente que sube
un barro que se liquida
y le asfixia y le consume.
No puede escalar el techo,
no hay objeto que le ayude:
la muerte con sus horrores,
es el tormento que sufre.
En voces desesperadas
aunque sin eco, prorrumpe:
la Vírgen le dé su amparo,
otra esperanza es inútil.

IX.

Dos hombres llegan al patio
al irse la luz postrera;
el uno tiene una llave,
el otro opaca linterna.
Seguros de no ser vistos
abierto el postigo dejan,
la trampa del calabozo
suben, y la escala echan.
—Baja, dice el caballero
—Eso nunca.
—¿Por qué tiemblas?
Cobarde.
—Cuanto querais.
—Alumbra, y aquí sujeta.
Descendió los escalones
don Luis, el agua le llega
y sintiendo su frialdad
rápido en volverse piensa.
Pero don Lope á su cuello
se lanza como una fiera
y aturdiéndole le arroja
y en su lugar se presenta.
Antes que grite el criado
tambien al fondo lo echa
recogiendo los cordeles
y asegurando la puerta.
Salió sin que lo notaran
y aunque llueve con violencia,
al verse libre, en la calle,
su pecho de gozo alienta.

—

A otro dia, los sirvientes
á don Gonzalo despiertan
dando voces de terror
que escucha la calle entera.
El agua de la avenida
al hondo patio penetra,
y la mazmorra rezuma
y el piso inunda y rellena.
Flotando en la superficie
dos cadáveres se encuentran:
espanto pone el mirarlos,
pronto la justicia llega.
Jamás se supo la causa
de aquella terrible escena,
y la ignora don Gonzalo
que á otro callar le interesa.

—

Apenas los funerales
con grande pompa celebran,
y el tribunal le declara
exento de culpa y pena,
en demanda de su hija
á santa Isabél se acerca.
¡A qué referir ahora
la amorosa conferencia!
Tras del llanto, la alegría,
tras de invierno, primavera.

—

A un pueblo del señorío
del hidalgo, se aposentan,

que por razones muy justas,
ambos la ciudad detestan.

—

¿Qué hizo don Lope? Marchó
y sin perder un segundo
en la corte penetró
y el suceso refirió
al rey Felipe Segundo.
—Haz hecho bien, no te peno,
pero jura que tu lengua.....
que á la nobleza no es bueno
que el vulgo cubra de mengua.
Como remedio mejor
darás este pergamino
á mi antiguo servidor,
que espero logre tu amor
menos áspero camino.
Quiero así recompensar
el valor y la hidalguía.
Dióle su mano á besar;
por poco rompe á llorar
don Lope de la alegría.
Sin órden del soberano,
del cariño en la efusion
daba ya el padre tirano,
no solo de Luz la mano,
sino vida y corazón.
También le agrada el galán,
y el inquisidor cruento
preso de idéntico afán,
sin miedo del qué dirán
apresura el casamiento.
Marchan de la dicha en pós.
Si en bodas costumbre es
que los felices sean dos,
aquí por gracia de Dios,
fueron los dichosos tres.

X.

Quedó el edificio á solas
dos ó tres años lo menos.
El conserje que lo guarda
no puede vivir de miedo,
que escucha en *el patio hondo*
unos terribles lamentos
que en el instante, de horror
se le erizan los cabellos.
Y aun hoy las viejas comadres
refieren con gran misterio
que allá en las noches oscuras,
cuando resuenan los vientos
y las fachadas azotan
los copiosos aguaceros,
y el *Dauro* por la tormenta
crece con ímpetu inmenso,
del callejón á que agobian
los muros de dos conventos
salen horribles quejidos
de un sótano, que aunque ciego,
es mansión de *almas en pena*
que purgan sus desaciertos (1).

(1) El edificio mencionado es propiedad actualmente del presbítero D. V. C., aficionado y gran coleccionador de objetos antiguos. En el salón principal tiene un pequeño museo. La casa conserva, además de su estructura especial, algunos restos árabes, entre ellos un precioso corredor. La fachada principal es hoy tapia del jardín.

LA CUEVA DEL RENEGADO.

Leyenda.

I.

—Señor Antón de Céspedes, hago responsable á vos y á vuestros arcabuceros extremeños de la muerte de Avellaneda. Dareis cuenta á la reina de la pérdida de su page.

—Señor Capitán Borreguero; si la gente no se hubiese quedado en Beznar robando y matando, no sufriera tan récia acometida de la morisma. Salgamos de este maldecido puente de Tablate, donde nos ha traido nuestra desventura, y Dios proveerá.

—Parece que os causa miedo la caballería de Zair Ben-Atar, y los guerrilleros montañeses.

—A mí no me asustan todos los musulmanes juntos; eso queda para los que no pueden ostentar las honrosas cicatrices que yo tengo recibidas.

—Sois un insolente, alférez.

—Y vos un cobarde, que desde que no quise compartir la cadena de oro que arranqué al Mateh de Alhendin, que pereció á mis manos, solo buscais ocasiónes de perjudicarme.

—Veniros disimuladamente detrás de ese peñón, que es asunto que solo debe permitírse á los aceros. Despues os mandaré arcabucear.

—Sea como decís, y á nuestra conciencia dejo el resultado de lo que ocurra.

No fué el combate de larga duración. A la primera estocada cayó el capitán como muerto, y su antagonista, ocultándose, subió las breñas diciendo.

—De hoy más tiene Granada un campeón que la defienda, y Mahoma un adepto á sus doctrinas. Vamos en busca de mi amigo Reduan.

Tan desagradable escena ocurría en las primeras horas de la mañana del 24 de Abril de 1491.

La jornada del Padul fué desfavorable aquella vez al heróico rey Fernando, que combatido por los infieles de Lanjaron y las Alpujarras, tuvo que volverse á sus reales en la Vega, dejando el accidentado y poético Valle de Lecrin cubierto de ruinas y de cadáveres castellanos.

II.

Antón de Céspedes cumplió su promesa. Se encuentra en Granada cambiado de trage y religion y enlazándose con una hermosísima doncella agarena de la familia de su amigo el Xeque de la infanteria. Es uno de los que más se distinguen en la defensa de la ciudad, pero á pesar de tanto arrojo, no há podido borrar su sobrenombre. Le llaman *El Renegado*. Sabe que su enemigo sobrevivió á sus heridas y que se encuentra en los tercios. Como le atribuye todas sus desdichas, redobla su sed de muerte y de venganza. En la batalla de la Zubia estuvo á punto de conseguirla, pero la terrible carga del heróico Marqués de Cadiz, que puso en huida á los peones moriscos, se la impidieron, perdiendo su caballo y siendo levemente herido.

Cuando fueron ya públicas las noticias de la rendición de Granada, antes que se verificase el plazo, obtuvo su nueva familia un salvo conducto del Alcaide Abul-Cacin para trasladarse con sus bienes á Fez. Quisieron llevarlo en su compañía; pero suplicó lo dejaran hasta saciar su encono. Entonces quedó acompañándolo un negro de una fidelidad sin límites, y á quien había salvado la vida en una emboscada de los cristianos. Llegó el 2 de Enero, tan fatal para la raza musulmana, y los conquistadores se posesionaron de la perla del Occidente. No hubo perdón para los renegados, ni Céspedes lo hubiese nunca pedido, antes bién supo que de órden del nuevo Capitan general del reino, el conde de Tendilla le había pregonado y puesto en precio su cabeza.

No le extrañó semejante determinación, pero terco en sus ideas se ocultó en una cueva *del Cerro del Sol*, disfrazado de alfaquí y completamente desfigurado con una blanquísima barba. El negro era el único sabedor del refugio, de donde salía de noche como una fiera para acechar su caza.

Una de las en que se disponía á proseguir sus fines, llegó el negro jadeante á decirle que por conversaciones de de los soldados que guarnecian la *torre del Aceituno*, iban á registrar en su busca aquellos contornos.

El supuesto alfaquí se despojó inmediatamente de su traje, se puso un habito de fraile, y calándose la capucha ordenó al esclavo le esperase con dos caballos en el barranco oculto que existía á poco trecho de la puerta de *Bib-Guedaix*.

Con el nuevo disfraz se dirigió á la Plaza Larga, hablando con un judío un pequeño instante. Señas exactas recibiera, pues se dirigió á la puerta de una hostería establecida por un genovés de los abastecedores del campamento en la hoy calle de la Cruz Verde.

Pocos instantes esperó, pues el capitan Borreguero salió con ligeros pasos volviendo la esquina y penetrando en una oscura callejuela.

Agil como un tigre el fingido fraile lo alcanzó de un salto, y asestándole una terrible puñalada le dijo.

—Por tí he perdido mi Dios y mi honra; ahora me cobro del valor de ambas. El capitan no pudo murmurar un ay. Tenía la herida en el corazon.

Con tranquilos pasos y confiado en su respetado ropaje volvió al sitio donde deja-

ra al espia, y acompañado de él ganaron unas excusadas veredas hasta encontrar al fiél servidor.

Á caballo ambos, y al trote de los excelentes animales, amanecieron en las montañas, donde encontraron manera de ganar las costas africanas.

Un alguacil y varios soldados registraron las cuevas del apartado cerro. En una, solo el disfráz de santon fué el dato para esclarecer quien fuera el asesino del capitan, encontrado á la mañana siguiente. Desde entonces se llamó á el paraje la *Cueva del Renegado*.

III.

En la actualidad se ha perdido su nombre, y estructura, desde que construido el acueducto para traer aguas á la Colegiata del Sacro-Monte, se denomina la antiquísima caverna, la *mina de la Luz*.

FRAILE Y MEDIO.

Cuento.

I.

Válgame el bendito patriarca San José, el que se venera en la iglesia parroquial de este título, y cómo se hallaba en olor de santidad la buena de la tia Sebastiana, la moradora en el n.° 4 de la calle de Bocanegra, en el año del Señor de 1614, solo por el hecho de ser madre y procreadora del lego más querido y más popular de la entonces opulenta órden de San Francisco, *Casa grande*, y por cuya sensible muerte, vestía riguroso luto tiempos hacía, no solo en el traje, sino en lo íntimo de sus entrañas.

Y no le faltaban razones para ello, aparte de lo que naturaleza dicta ante tan estrecho vínculo, pues tanto en el seno de la familia, como en el convento, sus cualidades le hacían ser una especie de héroe legendario entre sus compatriotas, por mas que su nombre quedara envuelto en las tinieblas del olvido, del que nosotros pretendemos sacarle, partidarios decididos como se nos llama de escudriñar los rincones olvidados de este destruido Albaicín, orgullo un tiempo por su industria y sus moradores, de la hermosa sultana que vive de lo que fué, con harto dolor de sus amantes hijos, y grano el más robusto y saludable de aquella *Granada de rubíes*, de los que cada uno era un populoso barrio, sus hojas millares de cármenes floridos, y su corteza un cinturón de mil torres que como pétalo coronaba una maravilla; la Alhambra.

Pero volvamos á nuestro asunto. Fray Antonio era en el comienzo de hace dos siglos, jóven todavía, por más que no pudiera calificársele de adolescente; grueso, de elevada estatura, facciones agradables y pronunciadas. Aunque su instrucción no estaba descuidada, jamás quiso pasar á mayores, ni menos ordenarse de mísa, pues su vocación se satisfacía con ser hermano limosnero, y ayudar con su asiduo trabajo á la manifestación de los padres graves, y á el mayor brillo de la órden y de la Iglesia.

¿De qué provenía su fama, sus simpatías, y ese don especial para obtener donde quiera que llegaba tan abundantes colectas? En unos borrosos apuntes que tenemos á la vista, se describen así algunos de sus acontecimientos en el mundo.

Cuéntase que una mañana de Marzo, más fria de lo que ser debiera, marchaba detrás de su robusto jumento, cuyos enormes capachos esperaban llenarse en los cortijos limítrofes á Pinos de Genil,

La noche anterior habia llovido, y al atravesar el vado de *Aguas-blancas*, encontró una pobre mujer pidiendo auxilio con voz enronquecida por la pena.

Al pasar el rio en una endeble caballería con su niño en brazos, tropezó la bestia, cayendo al agua, y este fué arrebatado por la corriente, que á pocos pasos lo depositó exánime en unos matorrales de la márgen derecha. La oleada cenagosa lamía el terreno, y la criatura estaba á punto de perecer.

Fray Antonio se desnudó de su hábito y apoyándose en el grueso bastón que formaba su única compañía, entró animoso en las aguas. Aunque fuerte como un San Cristóbal, un hoyo oculto en medio del rio, que formaba un peligroso remolino, le arrebataba para sumergirle. La cabeza es lo que ya quedaba fuera, cuando haciendo un vigoroso esfuerzo, pisó terreno más firme, y nadando llegó á las matas. Cogió en brazos al chico, le suministró unas gotas de cordial que á prevención llevaba siempre en el bolsillo, y cuando la madre acudía á darle las gracias, el hijo le tendía los brazos reanimado, y el buen lego aligeraba su borrico para excusarse de tan cariñosos testimonios. Pero la mujer con el júbilo de hallar en salvo á la prenda de sus entrañas, no quiso dejar así el lance y tomando un atajo, volvió al pueblo refiriendo al vecindario tan desinteresado heroismo. Cuando Fray Antonio entró en Pinillos, las aclamaciones y vítores, se cruzaban con los abrazos y los convites, y excusado es añadir que la carga de limosna se completó con las provisiones más escogidas del lugar.

Otra vez quedóse á dormir en un inmenso cortijo de la sierra. Celebraban el bautismo del primer vástago del labrador, que era fecundo en parentela, y por este motivo el sexo débil, entre mozas y ancianas estaba representado por más de treinta individuas. Cenando estaban en la enorme cocina de la casa, y los hombres, en especial los que habían trasegado á su estómago el fruto de las viñas del collado de enfrente, elogiaban sus habilidades ante el concurso, tanto que hubiera podido creerse que se estaba delante de los siete sabios de la Grecia. Un pastor sabía más de estaciones que Copérnico, un gañán daba noticia de los granos de trigo que tendría la cosecha inmediata, y un vaquero afirmaba que sus reses sabían hablar, aunque solo de hocicos para adentro. Todas las miradas se fijaban en el fraile, que escuchaba en silencio tamañas atrocidades, y á quien correspondía que la Iglesia quedase en lo mas alto del campanario. Para volver por los fueros de su clase y dar una lección á los incrédulos, tomó la palabra afirmando, que si los anteriores aseguraban tales conocimientos sin achacarlos á permisión divina, él con la ayuda de Dios iba á obrar un estupendo milagro.

—¿Quereis, dijo, encarándose con las hembras, quitaros una docena ó media de años?

—Sí, sí, respondieron en coro.

—Yo lo puedo y ahora estudiaremos la manera.

—¿Y con los hombres no reza semejante mandamiento?

—No llega á tanto mi poder.

—¿Y para qué apetecerá el *tio Gazpacho*, deshacerse de arrugas? preguntó con sorna una mozuela que cuidaba de los corrales.

—Para matrimoniar contigo, desvergonzada, respondió colérico el aludido, porque si no, los pavos de tu manada van á ser tus únicos pretendientes.

—Chitón, que lo primero nos importa más, habló una viuda que todavía se apretaba fuerte el nudo de la castaña. ¿Qué nos costará eso, Fray Antonio?

—De balde, hijas, de balde, yo lo hago para que conozcais lo que puede el de allá arriba.

—Pues contra más pronto mejor, murmuraron las hembras formándole corro.

—Estoy corriente, mucho silencio y principio la operación.

No se escuchaba el ruido de una mosca.

El fraile pidió un canuto de hoja de lata que servía para guardar las bulas, y desdoblando un cuadernillo de papel que en unión de un tintero de cuerno, llevaba en la manga izquierda, ordenó que se le acercasen una á una todas aquellas mujeres.

—Habeis de decirme, y cuidado con faltar por nada á la verdad, aquí en público y con voz alta, los años que cada una teneis.

—¿Pero en público? interrogó la mayoría,

—Sí, señoras, y tan recio como si cantárais unas seguidillas.

No había más remedio que obedecer.

Cada una fué refiriendo su edad, que el fraile anotaba con sus nombres y apellidos escrupulosamente en los papeles.

Es más, les hacía á cada prójima figurar una cruz en el pliego, despues de su confesion, como seña inequívoca de que el guarismo saliera de sus labios.

—Esto no es posible, decían los zagales, pues bonito fuera que la tia Coscolina, que pasa de los setenta, se quedase mozuela y quisiera emparentar conmigo.

—Cállate, hombre, le contestaba otro por lo bajo, los frailes saben mucho.

Acabada la faena, Fray Antonio guardó los apuntes muy bien liados dentro del canuto, y pegó con cera derretida las tapaderas.

—Ahora á dormirnos tranquilamente; esta olla necesita veinte y cuatro horas para hervirse, y mañana á la noche sabremos todos si cumplo ó no cumplo mis promesas.

¡Con qué ansiedad esperaban la vuelta del fraile Antonio! Cuántas veces se asomaron á la cercana colina, por si descubrían sus venerables hábitos talares!

Y la coincidencia fué, que aquella velada Fray Antonio conversó más de lo de costumbre con el Sr. Cura, y áun parece que estuvo dos ratos revolviendo librotes en la sacristía.

Por fin llegó la apetecida hora, cenaron en comunidad, y despues de la debida acción de gracias, el fraile puso una mesa delante de su sillón y más con sorna que gravemente, colocó en la tabla el canuto, y otro rollo pequeño de papeles.

—Acérquese Maruja, la de *los Covarrones*. Quietas, que yo iré llamando una á una.

La interpelada se acercó algo confusa.

—Veamos, seguía el lego, anoche confesaste que tenias treinta y cinco años; como según la partida de bautismo que me han facilitado en la parroquia, naciste diez años antes, he aquí como he obrado el milagro, rebajándote esa decena, que te costará una limosna de otras tantas pesetas, para la obra de San Francisco.

La mujer no acertaba por donde esconderse.

—Maruja, la del tio Perico, que venga. Tú tenias anoche veinte primaveras, y como quiera que reza en el registro treinta y cuatro, esos catorce serán tu multa y véase como queda hecho el milagro.

Los hombres se morian de risa, pero á las tres ó cuatro interpeladas, lo movieron á barato, diciendo que era un engaño y tratando de arrebatarle los papeles á Fray Antonio.

—Silencio, ganado de tormenta, les dijo, poniéndose de pié: el milagro se ha verificado y consiste en que se descubra la vanidad y la pequeñez de nuestros espíritus. Para no enterar á sus convecinas, cada cual disminuyó su tiempo, pero la verdad se ha hecho camino, que los años y los bienes Dios los dá y Dios los quita. Pagad una limosna para el convento, y vayan á la lumbre los escritos, y que esta broma os enseñe en adelante vuestros deberes.

La solución fué del gusto de todo el sexo femenino, y aunque dió mucho que hablar despues á los mozuelos la treta del fraile, la memoria es frágil, todo se borra; y hasta algunas pretendieron que la quita de edades se había verificado, pues muy pocas aseguraban pasar de los cuarenta.

En una ocasión, como siempre su cometido era andar por los campos, tuvo la desgracia de encontrarse con una banda de malhechores. Traia de los cortijos de los montes, provisiones en abundancia, y el que las disfrutaran otros distintos de los para quienes iban destinadas, le sentaba pícaramente. A la fuerza tuvo que detenerse, y acercándose al capitán le preguntó si no hubiera medio de continuar su camino sin menoscabo.

Reflexionó el bandido, y le dijo:

—Uno encuentro. Hace años que no hemos escuchado un sermón, predícanos, y si gusta te dejaremos libre y con recompensa.

Pareció muy bién lo expuesto á la tropa, y Fray Antonio montado en su caballería hizo de tripas corazón, empezando en estos términos:

—Hermanos mios, el asunto de mi plática será demostraros que en todas las cosas menos en una, sois muy semejantes á Jesucristo.

—Corriente, bravo, dijeron enorgullecidos con la comparación. Veamos cómo es eso.

—De este modo. Nuestro divino Maestro anduvo huyendo y sufrió persecuciones de la justicia, como á vosotros ocurre.

—Verdad, contestaron.

—Padeció hambre y sed.

—Lo mismo.

—Fué azotado cruelmente.

—Ay, ay, exclamaron algunos restregándose las espaldas.

—Fué escarnecido y calumniado.

—Como nosotros, que nos llaman ladrones.

—Pues bién, añadió el fraile, en todas estas cosas os pareceis. Veamos en la que sois distintos.

Jesucristo murió crucificado, pero vosotros...

—¡Qué, qué!

—Alcanzareis distinto fin. Será en la horca.

No gustó el último punto á los ladrones; pero el fraile arreó la bestia, y allí se quedaron para digerir bien ó mal la metáfora.

No era solo en los pueblos donde se referían las aventuras del célebre lego; sino que también en la ciudad recuerdan entre otras, una muy famosa, en que fué el protagonista. Cuentan de una santurrona vieja y rica, pero maniática y supersticiosa, que fatigaba continuamente al padre guardián, afirmándole que un Santo Cristo de la iglesia de San Gregorio el Alto se dignaba hablarla, y lo que es más, hacerle pedidos de dinero y comestibles.

El sacerdote la regañó severamente y hasta le prohibió acercarse á él con semejantes embaucaduras; pero ante la insistencia de la mujer, y temeroso de mayor escándalo, la respondió que tomaba el asunto por su cuenta y que nada hiciera sin consultarle. En efecto, tuvo conferencias con el párroco, verificaron observaciones, indagaron en la sacristía, pero no se supo más, sino que la beata rezaba diariamente ante la divina imágen, que salía de las últimas del templo, y eso despues que la zapeaba un monaguillo grandullón encargado de las llaves.

Pasaron dos meses y la santurrona vino á San Francisco, muy quejosa se que sin duda por haber revelado el secreto, se habían cortado las relaciones con la divinidad. Alegróse de ello el guardián cuando á la siguiente tarde volvió con la música de que ya se habían renovado las peticiones y que ella estaba pronta á seguir depositando en el balcón de su cuarto, como ya lo había hecho en veces anteriores, todos los efectos que le pedían.

Cargóse el buén padre, y figurándose algún extraño embolismo, se le ocurrió comisionar al lego para que lo descifrase.

Bién enterado del caso, Fray Antonio se disfrazó al día siguiente, que como no festivo era escasa la concurrencia á dicho templo, y al quedarse en él la beata sola, se ocultó en un oscuro confesonario. Desde su apostadero podía observar sin ser visto. Á poco la vieja, empezó con sus aspavientos y lloriqueos, á interesar al Salvador del mundo se dignara decir lo que había de preveñirle á la noche siguiente.

La respuesta fué pronta. Una voz bastante fresca y mundana se oyó que dijo:

—Pon dos jamones y cinco doblones, en el guardapolvo de tus balcones.

—Sereis servido, milagroso Señor, mandad á vuestra humilde esclava. Y persignándose se alejó la falsa devota henchida de satisfacción.

Á seguida las ropas de la *Dolorosa* que estaba al pié del Crucificado se movieron y apareció una cara sonriente que pertenecía á Lucas, el acólito más truhán de todos los de su especie. Cerró las puertas creyéndose solo, y Fray Antonio se salió por las tapias del cementerio.

Al sonar las Ánimas de aquella noche, el fraile se apostó en la calle *de la Mina*, donde moraba la Águeda. Cuando el silencio reinó en el contorno, con pasos quedos, el acólito se apareció, subiéndose al no elevado balcón de la casa. Poco tardó en bajar con la preciosa carga, pero al revolver de la esquina dos robustos brazos le aliviaron de ella y dándole dos soberbios puntapiés, le dijeron:

—Este es el premio, galopín, de jugar con las cosas sagradas. No te llevo á la In-

quisición porque me da lástima de tu edad é inexperiencia. Quedóse el monago más muerto que vivo, jurando en su interior no andar en tratos con beatas, pues á milagro atribuía haberse descubierto sus tretas, y Fray Antonio entró triunfante con la conquista en la celda de su guardián, á quien refirió lo sucedido.

Ese mismo celo por ser bién quisto y obtener donaciones, y el amor á sus semejantes ocasionaron su sentida muerte.

Al llegar un verano al cortijo de la Granja, que se encuentra despues de pasado el pueblo de Albolote, vió al labrador, que era muy su amigo y á la restante familia, presa de las calenturas malignas que allí se padecen en esa época del año. Les asistió con toda la unción cristiana, hasta dejarles fuera de peligro, pero agarró el pernicioso gérmen y antes de una semana era velado por sus hermanos en religión.

II.

No hace mucho que sostuve un largo diálogo con un antiguo tejedor de lienzos de la *Casa de los Toribios*, quien al enseñarme las ruinas de la que fué vivienda de la Sebastiana, se daba aires de descender de un primo de Fray Antonio, sosteniendo que el mote de *Fraile y Medio* le provino, de que trabajaba por *dos* y valía por más de *uno*.

EL PRÍNCIPE ABDERRAMEN.

Leyenda histórica. (1)

I.

Según refiere la historia,
de Granada en el recinto,
hubo un rey de alta memoria,
Mohamad, de su nombre el quinto,
y de su raza una gloria.

—

Valiente como el primero,
noble el rostro, y caballero
en costumbres y en acciones,
ganóse los corazones,
liberal y justiciero.

—

Al pobre mendigo hospeda
con afecto sin igual,
y hoy por recuerdo nos queda
la casa de la Moneda (2),
de aquel grandioso hospital.

Allí borra diligente
del que sufre las porfías,
y honestos goces consiente
y un estanque transparente (3),
que auyenta melancolías.

—

En su régia condición
destruye el pesar su mano
y hace el bién por convicción;
el pueblo le dice ufano,
«el padre de la Nación».

—

A sabios premia y mantiene
y así la instrucción reparte,
que á su grandeza conviene,
que unido su nombre suene
con obras de ciencia y arte.

—

(1) ..... En este tiempo edificó la casa hoy llamada de la Moneda, para asilo de mendicidad y alivio de enfermos pobres: formó un estanque en medio del patio para que el movimiento de las ondas recreara á los melancólicos..... fomentó las artes, las manufacturas y el comercio, á tal punto, que venían á Granada, como el emporio de la riqueza, traficantes de Siria, Egipto, etc..... Moros, judíos y cristianos, vivían amparados con igual tolerancia en la hermosa ciudad que una autoridad paternal constituyó patria común de todos los hombres laboriosos y útiles. El gran rey propuso la jura de su hijo Abu-Abdalá Jusef, y concertó su casamiento con una princesa de África. Con este motivo trajo á la novia un príncipe de Fez, el cual se enamoró de la hermosa Zaira, hija de Abu Ayan, señor opulentísimo y de la esclarecida nobleza de Andalucía, y casó con ella. Para celebrar acontecimientos tan faustos, hubo juntas y torneos en Bibarrambla y mil gentilezas de galanes.....—Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, tomo II, págs. 413 y 414.

(2) Hoy juego de pelota frente á las monjas de la Concepción.

(3) Histórico.

Moros, judíos y cristianos
vivieron en hermandad
libres de arbitrios tiranos;
que donde impera verdad,
los hombres se hacen hermanos.

—

Y registran sus anales
que abrió al comercio caminos,
y alentando á los leales
llevó á puertos orientales
los productos granadinos.

—

Y en fin, como buén creyente,
por si acercándose está
plazo que el mortal presiente,
partir el trono consiente
con el príncipe Abdalá.

—

Es hijo por quien se afana
y del que aguarda honra y prez,
y le dará por sultana
una princesa africana
de los dominios de Fez.

II.

Mañana alegre de abril
toda la ciudad despierta:
van los soldados de gala,
y los paisanos de fiesta.
Los capitanes más bravos
á caballo gallardean,
y en los escudos y alfanges
verdes pendoncillos cuelgan.
Una señal de esperanza,
así el color lo demuestra,
que iguales signos la córte
reparte por sus libreas.
Con sus ricas armaduras
deslumbran la guardia negra,
custodiando el estandarte
que airoso el viento despliega.
Zegríes y Abencerrages
con sus joyas y preseas,
á Alabeces y Gomeres
molestan con su soberbia.
Entre el grupo sobresale
como la altiva palmera
el adorado Monarca
que en todos los pechos reina,
quien con séquito brillante
réglos alcázares deja
y cruza á galope firme
el arco de Bib Elveira (1).

III.

Numerosa comitiva
la vega anchurosa esmalta:
junto á la *Fuente del Pino* (2)
se detienen y descansan.
Los berberiscos corceles
la yerba menuda pastan,
refrescando en el arroyo
que corre en hilos de plata.
Tienda de tupidas pieles
nubios esclavos preparan,
y con tapices de Persia
el áspero suelo igualan.
De sobre manso camello
cómoda litera alcanzan;
dentro á una noble doncella
velos y sedas recatan.
Es una princesa hermosa
que régio tálamo aguarda;
es una flor que creciera
en la ardiente Mauritania.
Negros los rasgados ojos
el fuego de amor retratan,
los labios son de carmin,
la dentadura de nácar.
Abundosa caballera
su blanco cuello engalana,
y el talle esbelto parece,
débil cimbradora caña.
Túnica que perlas bordan
su lindo cuerpo resguarda,
y tules libran el rostro,
de vientos y de miradas.
Los colores del Profeta
en su tocado destacan,
señal para que conozcan
la nobleza de su raza.
Mucho se estiman los reyes
que á pesar de la distancia,
uno le da su tesoro,
que es un tesoro Zoraida.

---

(1) Hoy puerta de Elvira.

(2) Sitio memorable por servir de punto escogido para los duelos de los guerreros árabes. Se halla al Oriente de Santafé, en un parage delicioso.

IV.

¿Qué jefe allí se descubre
á quien le sirven de guardia
cien caballeros Venegas
nacidos al pié de Atlas?
El jefe es Abderramen,
príncipe de igual prosapia,
que enfermo tiene el ardor
de los vientos de su patria.
Mas sumiso á los mandatos
del rey su tio, acompaña
y es guardador de su prima
y jefe de la embajada.
«Nadie más digno que tú
en Fez, le dijeron, marcha
y entrega mi corazon,
porque la suerte está echada.
Y si el rudo *Simoun*
tu frente jóven abrasa,
aquel pais da la vida;
en él tus fuerzas restaura.» (1)
Por eso cuando resuenan
las trompetas musulmanas,
él es quien monta á caballo,
y alegre el campo levanta.
Y él quien afable recibe
al caudillo, que le abraza
apellidándole deudo
y otorgándole su gracia,
Que inspira dulce amistad
á las primeras palabras,
con sus años juveniles
y su figura gallarda.

V.

Aún brillan del Sol los rayos
allá en la Sierra Nevada,
cuando las dos comitivas
se acercan á las murallas.
En la joya de Occidente
todos son fiestas y galas,
y al verlos pasar, la plebe
con frenesí los aclama.
Mas donde fija el concurso
su atención más extremada,
es en litera de oro
que brazos robustos alzan.
Dos príncipes la custodian
llevando en agudas lanzas,
uno las armas de Fez,
el otro las de Granada.

VI.

En la corte nazarita
el gozo inunda los pechos,
que entre plácemes ajusta
dulces lazos Himeneo.
El buén Mohamet contemplando
realizarse sus empeños,
dispone se verifiquen
grandes saraos y juegos.
Atambores y añafiles,
con ruidoso trompeteo
la plaza de Bibarrambla
ensordecen con sus ecos.
El sol hermoso de Mayo
alumbra y alegra el pueblo,
que con aplausos saluda
las damas y caballeros.
Rico y brillante tablado
se ve en lo mejor dispuesto,
donde contemple Zoraida
el esplendor de su reino.
Ya rodeada de hermosas
ocupa el bordado asiento;
los jueces á la derecha,
y los reyes en el centro.
Da la seña Abu-Abdalá,
que preside los torneos,
y deferente á su esposa
no toma su parte en ellos.
Seis primorosas cuadrillas
aparecen en el cerco;
un justador cada una
ha de procurar el premio.
¡Qué de vistosas libreas!
¡qué adornos en los arreos!
¡qué colores tan brillantes!
¡qué de sedas y de flecos!
Hamet el de los Gomeres
le toca salir primero,
lleva las plumas azules,
emblema de tristes celos.
Pinta una nube en su adarga
que eclipsa un claro lucero;

(1) Los moros africanos venían á este remedo del Paraiso y en él desechaban las dolencias contraidas en sus ardientes costas.—*El Libro del viajero*, página 23.

la letra dice: «Á mi amor
así desdenes le han puesto.»
Toma carrera con brío
mas no da golpe certero;
¡quien naciera con desgracia
el hado siempre es funesto!
El fuerte Osmin se presenta,
tan bravo como altanero;
tiene sangre de Zegríes
de la mejor de Marruecos.
En un potro cordobés
tordillo y los cabos negros,
monta con segura planta
y afirma el agudo hierro.
Parte cual flecha veloz,
el golpe dá con acierto,
y la sortija recoge
antes de que toque al suelo.
Entre vítores se acerca
y con grande acatamiento
se la entrega á Lindaraja,
que la coloca en sus dedos,
El alcaide de Almuñecar
le cumple ocupar el puesto;
es un Malique Alabéz
galán y valiente á un tiempo.
Lleva el bonete morado,
roja túnica, y al cuello
un escudo donde dice:
«De antiguos reyes desciendo,»
Ganó sortija también,
que es justador de los buenos
y tiene en la bella Fátima
quien realice sus ensueños.
Sale Gazul, que no há
los cuatro lustros completos,
y es de linaje de Mazas
y honra á su cuna, el mancebo.
Celestes son los colores
del traje que ciñe al cuerpo,
y la divisa, aunque es jóven,
ya dice: «Vivo y espero.»
Maldiga Allah su caballo,
que bullicioso é inquieto,
causó que esquivara el golpe,
tirando el ginete al suelo.
Cubre mortal palidez
de Zulema el rostro bello,
mientras Fátima la dice:
«También se gana perdiendo.»
En noble bruto alazán
sale un brioso guerrero;
al costado roja cruz,
al cinto mandoble recio.
En el mote de su escudo
no hay ambajes ni rodeos;
«por mi Dios y por mi dama,
dice, á los combates vengo.»
Es hidalgo fronterizo
tan valiente como atento,
que en los moriscos placeres
le gusta probar su esfuerzo.
Por eso cuando ganara
una sortija, corriendo,
al rey Mohamat la dedica,
quien toma afable el obsequio.
Ya las miradas ansiosas
se dirigen á otro objeto,
Abderramen aparece
en un corcel del desierto.
De blanco y rosa vestido
con armas de fino acero,
aunque pálido el semblante
encanto produce el verlo.
Lleva cincelado escudo
sin blasón, con un letrero,
que á las doncellas importa,
que afirma, «ni amores tengo.»
Corre con grande maestría
y sin demostrar esfuerzo
gana sortijas que entrega
al Príncipe, así diciendo:
—«Solo pido como don
que el premio que mi destreza
ganara en esta ocasión,
le sirva de galardón,
á quien mande vuestra alteza.»
Mucho agradece Abdalá
tan cortés ofrecimiento,
y á Zaira la Abencerrage
le dona el presente régio.
El rostro de Abenamar
pone la cólera, negro,
demostrando á quien lo mira,
lo terrible de sus celos.
Que á solícitos cuidados
desdenes lleva de premio;
quien ama sin ser amado,
pierde finezas y tiempo.
Alza Abderramén los ojos
curioso de ver su dueño,
y cambia con la doncella
una mirada de fuego.
Hay sensaciones del alma
y en el corazon misterios,
que bastan en un instante,

para andar un siglo entero.
Abderramén la saluda
llevando la mano al pecho,
y entiende que su divisa,
tendrá que cambiar muy presto.

—

Antes que llegue la noche
se terminan los festejos,
para despues en la Alhambra,
otra vez darles comienzo.

VII.

Del Dauro en la izquierda orilla,
donde ocupa grande espacio,
se eleva altivo palacio
que es del arte maravilla.
Abu-Ayan, moro opulento,
lo adornó con gran riqueza,
que á ello obliga la nobleza;
tal señor, tal aposento.
No hay mansión tan suntuosa,
semeja con sus primores,
un canastillo de flores,
que tenga enmedio una rosa.
Y ya del calor ó el frio,
hacen sus rigores vanos,
en la floresta, avellanos;
verdes mimbres, en el rio.
Que doble belleza aduna
si se contempla esplendente
al rayo del sol ardiente,
ó al pálido de la luna.
Pero la flor que descuella
sin que otra alguna se halle,
es la azucena del valle,
la hermosísima doncella.
Zaira, que libre y ufana
viviera sin más cuidados,
que dejar enamorados
en la corte musulmana.

VIII.

Envuelto en blanco alquicél,
por toca turbante verde,
y un alfange damasquino
que lo adorna y lo defiende,
Se vé un galán que á deshora
cruza la escasa corriente
del rio, que por su oro
dorado su nombre tiene.
Sin duda busca salud
en el purísimo ambiente,
ó á los jardines y cármenes
algún cuidado le lleve.
Cuidados más bien de amores
son los que desvelan siempre,
á los que de noche rondan,
y el sueño apacible pierden.

—

Del palacio de Abu-Ayan
abierto ajimez ofrece
el rostro de una doncella
que las tinieblas envuelven.
Mas el galan rondador
pronto descubrirla debe,
pues al pié del alto muro
sus lentos pasos detiene.
Un largo cendal asoman,
él lanza silbido ténue,
y de seguida le arrojan
un ramo con un billete.
—«Príncipe, aunque bién me cuesta
»rubor, á tanto llegar,
»ese ramo de azahar,
»puede decir mi respuesta.»

—

Hay emblemas de ventura
y muy dichoso se siente,
Abderramén cuando al punto
la corta misiva lée.
Al lado del corazón
el dulce regalo prende
y soñando en su fortuna
á los alcázares vuelve.

IX.

Corto terreno anduviera
cuando un embozado avanza,
y el acero desnudando
furioso el campo le ataja.
—Ved, le dice, no es razón
que allá de tierras lejanas,
vengais á robar la dicha
á los moros de Granada.
Que hay ofensas tan horribles
que solo la sangre lava,
y ha llegado la ocasión
y gusto de aprovecharla.
El príncipe por respuesta
el alfange desenvaina,
mas cruza flecha veloz
y entre sus hombros se clava.
Cae como herido de un rayo,

da un grito que el viento rasga,
mientras su fiero enemigo
el tierno billete arranca.
Entre la oculta arboleda
tres asesinos se amparan:
pesado bolso les dá,
y todos juntos se escapan.

X.

Con encendidos hachones
se ilumina de repente
el terreno donde el joven
yace rendido é inerte.
Un altivo musulmán
del rico palacio viene,
que oyó el grito de dolor,
y mucho se compadece.
Mas cuando descubre al príncipe
su asombro ocultar no puede,
y—«buscad los asesinos,
á sus esclavos previene.
»Que la deshonra cobija
»á quien traidores guarece,
»y quien obra de este modo
»se hace acreedor á la muerte.»
Luego al herido incorpora
que desmayado no siente,
y con solícito esmero
á su morada se vuelven.

XI.

Hay en las penas, venturas,
hay males que aportan bienes,
hay sangre que riega flores,
y más gallardas parecen.
Abre Abderramén los ojos
y lo que mira no cree;
el ángel de sus ensueños
amorosa al lado tiene.
Dulce estrella de esperanza
con sus rayos los envuelve,
y es ya emblema de su escudo,
«vivir, pero amando siempre.»

XII.

Á poco segunda boda (1)
se trata con gran decoro
que acepta el magnate moro,
y aplaude la corte toda.
Y tiene el ramo virtud
que ya el Príncipe de Fez,
muestra rosada la tez,
y el cuerpo erguido, salud.
Que no se trocara en vano
aquellas auras serenas,
por las candentes arenas,
de su país africano.
Ó bien remedio á sus males
pudiera un hada haber sido,
de las que tienen su nido
en medio de los rosales.
Ó habrá de creerse, en fin,
que cura más que el doctor
una palabra de amor
de unos labios de carmin.

(1) Histórico.

MARE-PINGA.

Cuento.

I.

Estamos en pleno Egipto.

No en el de las Pirámides, ni el del sagrado Nilo, ni el que tuvo reyes como Sesostris, los Faraones y Cleopatra.

Sino en el que existía en miniatura en la placeta de *los Yesqueros*, en una colección de cuevas, que agujerean el cerro de San Cristóbal, cuyos techos son pencares de chumbas, y cuyo acceso se verifica por una vereda desde la Alhacaba, en el año del Señor de 1648.

Una de las pequeñas industrias más necesarias en aquella época, es la que ejercitaban familias enteras de *castellanos nuevos*, tanto que dieron su nombre, por el que aún se conoce, al sitio que habitaban.

En una extensión de terreno donde el sol caía de plano, extendían la yerba que sirve de combustible, y despues de recibir sus rayos más ardorosos, era á la tarde apaleada por las jóvenes, hasta quitarle con el polvo los palitroques y cuerpos extraños que recogía.

Despues, secada convenientemente, se vendía con el apéndice de pedernales, en cestos apropósito, en las primeras horas de la mañana, en el *Arco de las Cucharas*, una de las moriscas puertas de la célebre Bibarrambla.

Porque los rancios españoles, amigos del tabaco como ningunos, gustaban saborear no solo la aromática yerba, sino también que las intrincadas y diferentes operaciones de *liar el cigarro*, se verificasen con toda la calma y gravedad que el caso requería. Y el postre y saborete, despues del envoltorio *del pitillo*, lo era el sacar del bolso con la mayor pausa posible los *avíos de encender*, y despues de un cuarto de hora de ponerse en carne viva los nudillos con los chasquidos del eslabón, aplicar la mecha, y atizar con la uña del dedo gordo, que con la continuidad del calórico adquiría igual brillo y negrura que una piedra de chimenea.

Los adelantos del siglo que han matado con los trenes las posadas y posaderos, los tipos de mayorales de galeras y de maestros de postas, ha inventado los fósforos,

para concluir también con la aromática yesca, que solo guardan, como la coleta en el peinado algun decrépito molinero, los que sostienen que con este combustible ni se envenenan las doncellas enamoradas, ni se producen *incendios casuales*, y sobre todo no se condena al ostracismo á la clásica y desventurada pajuela.

Sic transit gloria mundi.

II.

Las viviendas que formaban la plazoleta y que eran ocho, las ocupaban una tribu de gitanos de más de cincuenta individuos. Mantenían las relaciones de costumbre con las de la *calle Larga y barrancos del Sacro-Monte*, pero no estrechaban sus lazos, manteniéndose como familia separada. Se vanagloriaban de más antigua descendencia, y aparte de la industria citada, que era un accesorio que les permitía recorrer y merodear por los campos, ni eran herreros ni esquiladores, y sí unicamente tratantes, las hembras en ropas, y los hombres en ganados para el abasto de carnes del matadero público.

Se ignoraba su anterior paradero y unos los daban procedentes de la Siria, y otros con más acierto de Mequinez y de Tetuan. Lo fijo era que su apostura gallarda, sus rostros agradables, aunque bronceados, y sus trajes más limpios y menos harapientos que sus iguales, inspiraban simpatía, en vez de la repugnancia de los de su clase. Aunque cada uno viviera del producto de su trabajo, reconocian superioridad y prestaban obediencia al jefe principal, ó sea á su monarca.

Pero esta vez, el rey era reina.

Viuda de un marchante rico de su misma raza, daba fondos á las suyas para su comercio callejero, y solo se ocupaba en el aseo de su espaciosa cueva, que hasta rejas tenía en los costados, y de peinar y vestir á su hija única la *Estrella* que así la denominaban con nombre medio cristiano y medio gentil. Contaba catorce abriles y nunca se juntaron en un rostro trigueño, un par de ojos más negros y rasgados y una cabellera más rizada y abundante. Era alta, gruesa sin exageración, alegre como una primavera, y viva como un pajarillo de los campos. Cantaba como los ruiseñores, y con las castañuelas en las manos, parecía una houri de las del paraiso musulmán.

Habíanla requerido de amores, pero recibía mal á los suyos y peor á los extraños. La madre estaba frenética por la hija y todos la prestaban adoración.

Un jueves del mes de Octubre á pesar de ser dia de mayor trabajo por las ferias, se habían reunido los gitanos mucho antes de ponerse el sol. Vestían los trajes de fiesta, y ellas sus más rameados pañuelos, y sus más afiligranadas gargantillas.

El motivo era plausible. Se celebraba un matrimonio en toda regla. La reina había cortado los abusos ó la costumbre de que la novia fuese robada la noche antes por el galan, y la *Corza*, gitanilla como un lucero, iba á la parroquia á unirse cristianamente con Gabriel el *Mayo*, mocetón robusto y poseedor de dos rebaños de carneros.

Precedidos de una banda de guitarras y bandurrias y en medio de los ancianos de la tribu, los desposados, subidos en una mula lujosamente ataviada y con pretal de so-

noros cascabeles, se dirigieron á San Bartolomé, mientras los apadrinadores sacaban de un capacho que llevaba á espaldas un mozo de carga, grandes puñados de *anises* y *peladillas*, que tiraban por alto, y que se peleaban por recoger no solo los chiquillos, sino muchos grandes que no estaban acostumbrados á tales galguerías en sus paladares.

El rumbo de los principales actores de la ceremonia, era grande, pues hubo momentos en que el piso estaba materialmente cuajado de confites.

Júzguese de la bulla y jolgorio que se moviera, con la añadidura del disparo de palmas y voladores á la entrada en el templo.

Terminóse la ceremonia católica, y se volvieron en idéntica forma á la placeta. Ya asomaba la noche, y ante la puerta de la gefa se sentaron en espacioso corro á concluir con las provisiones de los padrinos, y á disponerse para un rato de bailes y cantares.

Antes se sortearon los dos mozos que á la mañana siguiente habían de enseñar á el barrio, subidos en ligeros jumentos, una prenda, la más indispensable del atavío de la novia, para dar señales inequívocas de su honestidad y de su conducta.

No solamente el sitio, sino las alturas cercanas y todo el derredor de las cuestas, se hallaban cuajadas de espectadores ávidos de ver y oir la función que se preparaba.

Porque cantando *la Estrella*, era cosa de alquilar balcones y tomar sitio con fecha anterior para escucharla.

Templaron los instrumentos y los primeros que se pusieron en facha para bailar fueron los novios. Al sonido de las castañuelas de los concurrentes, la *Corza* y el *Mayo* empezaron sus acompasados movimientos, sus quiebros de brazos y de cintura, hasta que animándose por momentos, en las primeras mudanzas ya dieron á conocer la ardiente sangre africana que encerraban sus venas. ¡Qué de palmadas, qué de aclamaciones, qué de entusiasmo! A esta pareja siguieron otras, y despues las restantes, hasta que sudorosos ellos, y fatigadas las jóvenes hicieron punto para escuchar la voz de los *cantaores*.

Cuanto se diga es poco del efecto que producen en el alma, esos sonidos de expresión tan conmovedora, que ya robustos como el rugido de una fiera, expresan el más agudo de los dolores, ó bién suaves como el murmullo de las aguas, imitan las más íntimas sensaciones de un corazón enamorado.

La hermosura principal de la fiesta, estaba aquella noche menos comunicativa que otras veces. No se había separado de junto á su madre y solo á ruegos de su amiga la desposada, abrió los labios.

Cuando á los acordes de la guitarra, con una melancolía sin igual, con una pasión arrebatadora, cantó,

Vente conmigo y haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos,

nadie pensó más que en aplaudirla frenéticamente, y en beber el indefinible encanto que derramaban sus labios de carmin.

—Espejo de hermosura, luz de la Bohemia, ¿quieres que se cumpla el adagio de nuestra casta? Una boda trae siempre otra.

Estoy dispuesto á romper contigo el *cántaro de la miel* en dos pedazos iguales.

Esto dijo á Estrella, cuando concluyó de cantar, un gitano vestido hasta con lujo, mozo de veinte años y el más acomodado del Albaicín. Hacía tiempo que perseguía de amores á la muchacha y aprovechó la solemnidad para declararse.

—Agradezco, tus ofertas, *Pulido*, mas no habitaré el techo de ningun hombre sino del que me esclavice con el brillo de sus miradas. Tú no eres quien puede conseguirlo, déjame en paz para siempre. Y pronunció estas palabras con el más soberano desdén.

El desdeñado lanzó un rugido al escucharla. Su rostro bronceado se puso blanco de rabia y le contestó.

—La gacela se cree libre en el desierto por la velocidad de su carrera; pero los dardos del cazador le demuestran lo contrario. Mi venganza aguarda, pero no olvida.

—Eres un cobarde; y me alegro de haberte despreciado. Y con la majestad de una reina ofendida, volvióse al corro, entonando.

Á las rejas de la cárcel
no me vengas á llorar,
ya que no me quites penas
no me las vengas á dar.

III.

Vino de la corte para residir en Granada, á instancias del Sr. Presidente de la Chancillería, un tercio de arcabuceros reales. Llevaba la bandera D. Alonso de Cárdenas, hidalgo rondeño, buen mozo, en lo más florido de su juventud y decidor y amigo de los placeres, y sobre todo en los que podía mezclarse la verdadera gracia andaluza. Reuníase con bueno y con malo, que su bolsillo abierto siempre, le proporcionaba amistades infinitas. Quiso recorrer los barrios altos y participar de los festejos populares, y encontró la primera ocasión en las bodas de los castellanos nuevos. Ni su traje ni su alcurnia le permitieron aquella noche mezclarse con los apretados grupos, pero sí desde una altura cercana presenció la escena, y sus oidos la voz de Estrella, mágica circe, que lo cautivó con sus melodías. Excusado es decir que el sueño huyó desde entonces de sus párpados.

Á la mañana siguiente, vestido con su más rico coleto, cubierto con el chambergo, donde flotaba airosa pluma celeste, ceñida la banda roja, al costado pendiente la espada de gavilanes, y montado en un potro cordobés, D. Alonso llegó al trote largo hasta la puerta del famoso *Hospital de los Reyes*, santiguóse devotamente al pasar el recien construido monumento á la *Virgen del Triunfo*, y orientandose enfiló una estrecha cuestecilla que á pocas revueltas le condujo al sitio de sus pensamientos.

En el dintel de su morada en union de su madre, Estrella se ocupaba en ordenar unas mercancías. Al ruido del caballo que se detuvo, volvió el rostro, sorprendiéndose de encontrarse con tan bizarro caballero.

D. Alonso, que ahora la veía al sol claro, más y más se entró la seductora imágen por las puertas de la voluntad.

—Dame, sol de Granada, le dijo, un puñado de esa yesca, que no necesitará de otra lumbre que la de tus ojos, para encenderse en perdurable hoguera.

La jóven turbada, pero sin dejar la contemplación, alargó la mano, y á cambio del puñado de yerba, el caballero depositó en ella una onza mejicana.

—¿Podré hablarte? repuso.

Iba á responder Estrella, cuando su madre, tomando cartas en el asunto, la mandó meterse dentro de la cueva.

—Marchaos, señor hidalgo, añadió enseguida; en estos terrenos se estropean los más animosos corceles, y las hijas de mi casta únicamente con los suyos tienen que entrar en contestaciones.

Tentado estuvo el de Cárdenas de aplicar un cintarazo á la que con tanta desfachatez lo despedía, pero reflexionando en el parentesco, hizo uso de las espuelas y fué á ocultar su enojo trotando por las murallas. Un testigo había tenido este diálogo. El gitano *el Pulido*, que colocado en las *Vistillas* era eterno centinela de los actos de la tribu.

IV.

Una de las cosas que más obligan el amor naciente, son las contrariedades y los impedimentos. Entonces se forma la bola de nieve, y lo que era al principio un fugáz recuerdo, se convierte despues en una necesidad imperiosa, sin la que no es posible la vida.

Y eso acontecía al hidalgo y á la gitana.

Ella no dejaba ni un instante de la memoria al gallardo ginete, y él solo se ocupaba en buscar medios de comunicarla la pasión que le supo inspirar.

Servía como page á D. Alonso, un soldado de las guerras de Flandes, tan diestro en repartir una estocada como en servir á su dueño en cualquiera aventura amorosa.

A Nuño, que este era su nombre, se confió el hidalgo, dándole órdenes y dinero para que principiase á negociar en su embajada.

Tres dias, que le parecieron tres siglos, tardó en obtener las noticias que anhelaba. Nuño se había hecho amigo de los bohemios en la taberna *del Arco*, y despues de enterarse de algunas particularidades, supo que la *Frascuela* que decía la buena ventura por abolengo, era el único eficáz conducto para entenderse con la muchacha.

Prometió, hizo regalos, y hasta oferta de *juntarse* con la Zingara cuando acabase su enganche, y aquella, á despecho de la vigilancia de la madre, tuvo entrevistas con Estrella, preparando, por último, una entre ambos amantes, en ocasión de una breve enfermedad de la reina.

Juráronse amor eterno, y muy de veras, se olvidaron de sus tan distintas condiciones sociales, y hasta trocaron una sortija del galán, por un amuleto de oro de la bella.

Don Alonso no se daba tregua en discurrir la manera de satifacer sus deseos y la inocente doncella no vivía sinó para el rendido caballero.

Entendió el asunto la madre, y despues de un breve consejo con los ancianos dispuso para de allí á dos dias, trasladar con gran sigilo sus reales á la huerta de Valencia.

Estrella, absorta en sus doradas ilusiones, no comprendía nada de lo ocurrido, pero otro más listo descubrió el proyecto, y empezó á disponerse á sus planes. Quiso la madre, como despedida á la Virgen, llevarle una ofrenda de cera por mano de su hija al altar, y al oscurecer de la víspera del viaje dejó entornada la puerta de su vivienda, y marchó á cumplimentar el voto.

Instantáneamente una gitanilla con la ligereza de un pájaro entró en la cueva saliendo á poco, y arrojando un papel desliado que le entregará el *Pulido*.

Volvieron las mujeres, y cerraron su puerta, el silencio y las sombras se apoderaron de aquellos sitios.

Como á la media noche, un hombre se acercó á la puerta, y con gran maestría introdujo una llave franqueándola. Después sacó en sus brazos á la jóven, insensible, narcotizada por las drogas que arrojara la chicuela en su cantaro del agua, y con paso firme descendió la vereda. Allí lo esperaba un caballo atado á un espino, subió en él con su preciosa carga, pero antes con ronco acento dijo:

—Volved, hijos de Beliat, á los arenales de donde vinísteis, pero sin la gala de vuestra tribu, que mi venganza la lleva para cobrarme el baldón que me arrojara al despreciarme.

—Detente, asesino, villano, exclamo frenético D. Alonso, que como de costumbre acudía disfrazado á esperar ocasión de ver á su adorada.

El Pulido obligó al caballo, pero el amante se colgó á las riendas.

—Suelta ó te mato; ¿no teneis bastante con las nobles damas, sino que tambien quereis envilecer á las hijas del pueblo?

Cárdenas sin soltar la brida asió con el brazo derecho las ropas de la jóven.

El gitano desenvainó un largo cuchillo y asestó una puñalada al caballero. Este movimiento hizo que soltase á Estrella, que se detuvo en los brazos de su amante. Pero la hoja acerada la hirió profundamente en el pecho. Sin desenvainar la espada D. Alonso saltó al cuello de su enemigo exclamando:

—Muere como un miserable perro, robador de mi ventura.

El gitano lo recibió con una sonrisa satánica, y al acometerle Cárdenas desarmado y ciego de dolor, le causó en la garganta dos profundas cortaduras, cayendo al suelo sin sentido.

El matador entonces se puso en salvo murmurando.

Mejor es así, á la muerte se junta la deshonra. Estoy en paz; persiga siempre mi odio á todas sus generaciones.

V

Al madrugar los gitanos para preparar el viaje, les extrañó sobremanera que su reina no estuviese ya prevenida.

Llamaron, pero inútil. No sabían á qué atribuir el silencio, cuando uno de los mozos que bajaba de la plazoleta á recoger una caballeria, dió un terrible grito de espanto.

Acudieron los demás y presenciaron aquel cuadro de tristeza y desolación. Nadando en su sangre generosa, yacían en el suelo ambos jóvenes sin esperanza de vida.

A golpes forzaron la cerradura de la cueva de la madre, que encontraron dormida, y solo á fuerza de rocíos de agua pudieron despertarla. No se daba cuenta de lo sucedido; pero al salir á la calle y ver los cuerpos de asesinados que conducían sus deudos, volvió á caer sin conocimiento.

Seis dias lucharon con la muerte. Ni su juventud, ni los exquisitos cuidados de todas las tribus, ni el de los doctores más famosos de la ciudad, ni la aplicación de las yerbas medicinales de Sierra Nevada, que la pobre madre les ofrecía ya con espíritu conturbado, pudieron detener su marcha destructora, concluyendo su vida unidos como deseaban, en santo matrimonio, por el señor Cura de la parroquia.

Concluidos los funerales, la tribu abandonó para siempre aquellos funestos sitios, menos la infeliz viuda, que no hubo manera de arrancarla. Quedó al cuidado de unos honestos vecinos, obligándose á subvenir á todas sus necesidades.

Pero había perdido por completo la razón. Su locura pacífica, se cifraba en recoger cuantas yerbecillas descubría en los cerros de los alrededores, trayéndolas en el acto á la cueva. Así ocupaba su tiempo. Sin duda quería encontrar el específico útil á devolver la vida á aquellos adorados seres de su alma.

Los chicuelos, al verla tan descuidada en su traje, la denominaron *La Mare-Pinga*, y le compusieron un cántico que decía:

La Mare-Pinga
tiene una saya
y en los bolsillos
lleva las matas.
Sí.

Y si le achuchan
se pone dos,
y un herbolario
y hasta un doctor.
Ay mare, mare, mare,
la mare mia, la mareá,
toita llena de penas
por delante y por detrás.

VI.

Hace algunos meses, oí cantar en los mismos lugares esa canción, pero con diferentes palabras. Á pesar de que la imprimían un tono alegre, me causaba honda melancolía el escucharla, y especialmente las notas musicales del estribillo. Procuré indagar el orígen, verifiqué algunas investigaciones, llegando á descubrir el drama ocurrido hace dos siglos en la *placeta de los Yesqueros*.

LA SOMBRA.

Leyenda.

I.

Si hay hombres, á quien la suerte
hacerles dichosos plugo,
sin temor puede decirse,
don Carlos de Osorio es uno.
De antigua familia ilustre
y mayorazgo por título,
á sus rentas cuantiosas
se junta ser hijo único.
En sus primeros abriles
fué soldado por su gusto,
ganando por lo valiente
la roja cruz en su escudo.
Murió su padre, y quedose,
huérfano y solo en el mundo,
con desengaños muy pocos
pero con doblones muchos.
Frisaba en los treinta años
cuando sus pasos detuvo
en la casa solariega
más bien palacio en conjunto.
De hermoso y dulce semblante,
luenga barba, alto y robusto,
ginete entre los mejores,
galán, en empresas ducho,
Logró de las *Siete Calles*,
ser el ídolo absoluto;
la parroquia de San Juán
ser más querido no tuvo.
Que pródigo en socorrer
calamidades y lutos,
es de hijodalgos espejo
y de los pobres recurso.

II.

Del año mil y seiscientos
en agradable mañana,
Don Cesar monta á caballo
y á las alturas se lanza.
El Albaicín atraviesa
buscando campestres auras,
y penetra por San Luis
al *Arco de Fajalauza*.
Los frondosos olivares
que en los cármenes arraigan
le brindan sombra y frescura
junto al *Caedero del Agua*.
Al pié de robusta encina
el noble corcel enlaza,
y á meditar se dispone
pensamientos que le embargan.
Y no es extraño, pardiez,
que en el silencio y la calma,
reflexione el buén hidalgo
sus aventuras pasadas.
Mira su tálamo solo
y sin gobierno su casa,
que amor no pudo hasta aquí
aprisionarle en sus garras.
Devaneos infantiles,
conquistas de una semana
no pueden echar raices
de Don César en el alma.
Verdad que lo miran bién
nobles y opulentas damas,
y hay suegras que no le gruñen
y padres que lo agasajan.
Pero sin duda no llenan

sus ilusiones doradas,
y esquiva las ocasiones
y las tertulias rechaza.
¿Qué espera el galán altivo?
¿por qué cual todos no ama?
sin duda tipo ideal
á que se presente aguarda.
Y así transcurren los dias,
y así las gentes propalan
que oculta en su corazón
amores sin esperanza.

III.

Junto de la plazoleta
donde don Carlos reposa,
una cueva se descubre
oscura, torcida y honda.
Del techo de piedra dura
el agua se filtra á gotas,
como las perlas del mar
en las nacaradas conchas.
Huecos de cristal purísimo
casi á la entrada se forman;
las doncellas comarcanas
el claro venero agotan.
Cuando en las tardes serenas
con sus cántaros retornan,
parecen aves pintadas
ó ramilletes de rosas.
En el agreste paraje
el sueño al hidalgo agobia,
y no contempla salir
del sitio oculto una sombra.
De la mina en el dintel
primero un vapor se forma,
despues misteriosa nube,
luego un fantasma que flota.
Y el conjunto se reduce
á un ser humano que asombra,
á una mujer como un ángel
á una bellísima mora.
Túnica bordada ciñe;
blancas y azules las tocas,
en la garganta amuletos,
y en ambos brazos, ajorcas.
Las trenzas de su cabello
casi con el suelo tocan,
negros los ragados ojos
y el cutís como la aurora.
Al ver al jóven dormido
quiere escaparse medrosa,
dá un grito, y Carlos despierta
fijando la vista atónita.
Se contemplan un instante
piérdese al punto la hermosa
y él se levanta, temiendo
que el corazon se le rompa.
—Si es ensueño ó realidad
ya mi ventura le toca,
y dice, será mi bien
ella en el mundo y no otra.
Despues la mano en el pecho,
al lado izquierdo coloca,
y el misterio saber jura
por su cruz y por su honra.

IV.

No hay dicha como vivir
de esperanzas halagüeñas
alimentando gozoso
ilusiones placenteras.
Todos los dias don Carlos
vigilante centinela,
recorre aquellos parages
y á los vecinos estrecha.
Ninguna razon le ofrecen
ó callan aunque lo sepan
que años hace se marcharon
los sectarios del profeta.
Y nadie sabe de moras
sino el moral que las echa,
creyendo no tiene el noble
muy segura la cabeza.
Solo en un cármen vecino
sus escursiones afectan,
y cuando vuelve la espalda
sus pasos siguen de cerca.

V.

Corren semanas y meses,
sigue al estío el invierno,
y el de Osorio busca en balde
la solución del misterio.
En todas partes se piensa
ver el adorado objeto,
y temen por su razón,
sus criados y sus deudos.
Por la mañana recorre
las llanuras y los cerros
y por la tarde visita
las iglesias y paseos.
En balde busca afanoso,
que su dolor es inmenso,

y la cueva que escudriña
parece burla sus ecos.
No halla señal, ni resquicio,
ni quebranto, ni agujero;
las gotas que caen heladas
no refrescan su cerebro.
Una mañana temprano
fué Osorio á misa á San Pedro
y al coger agua bendita
quedóse admirado y trémulo.
Una dama principal
de aire noble y talle esbelto,
con toca bordada en perlas
y manto de terciopelo,
jubon y saya de seda,
encages en mano y cuello
con un rosario de oro
y rico libro de rezo
se presenta en compañia
de un anciano caballero.
Ver al de Osorio, y de grana
ponérsele el rostro bello,
fué lo que tarda un relampago
en cruzar el firmamento.
Tal vez el acompañante
notara el causado efecto,
pues que arrugando las cejas
la ordena dejar el templo.
Y antes que el galán pudiese
salir de su aturdimiento,
en una carroza suben
y se pierden á lo lejos.

VI.

Sombra querida de amores,
luz de fugaces reflejos,
onda que al tocar la orilla
se vuelve espuma al momento.
¿Dónde se oculta, matando
á quien vive en sus recuerdos?
No hay duda, para el de Osorio,
es mora y cristiana á un tiempo,
y sin descanso la busca
y no hay tregua ni sosiego.
Mas en balde: en la ciudad
no existe tan caro objeto,
que no hay calle que no cruce,
ni palacios sin su acecho.
Le consume la tristeza
y el dolor le tiene ciego,
cuando una verde divisa
halla en su propio aposento.
Es un lazo primoroso
que se ignora quien lo ha puesto,
que dice en letras grabadas,
«quien bien espera halla premio.»

VII.

En la placeta de Porras
hay un edificio inmenso,
con ajimeces arábigos
y gótico escudo enmedio.
D. Fernando de Castilla,
que es un hidalgo opulento,
lo habita con su hija Sol,
Sol por su nombre y su mérito.
Los nobles abencerrages
tiene de ínclitos abuelos,
á quienes el rey Católico
colmó de merecimientos,
y abjurando de su fé
por la del dios verdadero
la lealtad meció su cuna
y son del valor ejemplos.
Tiene vastas posesiones
y cármenes de recreo:
desde que perdió su esposa
la vida se pasa en ellos.
Y solo viene á Granada
para negocios muy serios,
mas no recibe visitas,
ni agasajos ni festejos.
Como á las mujeres árabes,
en igual recogimiento,
tiene á la inocente niña
á quien adora frenético.
Y hay quien le achaca que usa
de su casa en el silencio,
armas y trages vedados
y de otros siglos recuerdos.

VIII.

¡Todo lo alcanza el amor!
¡qué no vence de imposibles!
¡qué duras peñas no horada!
¿qué fortalezas no rinde!
Así Don Cárlos Osorio
ver á la hermosa consigue,
que es la divisa del lazo
una verdad por lo firme.
Ni cerrojos ni guardianes
tampoco el hablarla impiden,
y en cortos minutos crean

atracción irresistible.
Caballero sobre todo
la demanda si permite,
que del autor de sus dias
plazo á su ventura fije.
Ella responde turbada
que su corazon es libre;
y obedecerá gustosa
lo que su padre le indique.
Y, tuyo, murmura el jóven
y, tuya, la bella dice,
y alegre brisa á lo lejos
tan dulces frases repite.

IX.

Seguido de rubios pages,
mayordomo y escuderos,
en litera blasonada
y un caballo de respeto,
con rico traje bordado,
capa azul, y alto chambergo,
cinturón de donde pende
el ya vencedor acero,
ostentando la cruz roja
y con gran comedimiento,
á don Fernando le ofrece
el de Osorio sus respetos.
En el salón principal
lo recibe el noble viejo,
y este diálogo entablan
uno ceñudo, otro serio.

Don Carlos:

Hablaré como leal
lo que á un hidalgo es notorio;
sepa lo más principal,
yo soy don Carlos de Osorio,
de nobleza y de caudal.
Esta venera, mi cuna
acredita donde quiera,
y al timbre también se aduna
con demostrar mi fortuna
el séquito que me espera.
Tuve la dicha de ver
un Sol, brillando en el cielo,
y se deja comprender,
que bien ángel ó mujer,
poseerla es mi desvelo.
No debo más insistir
en explicación prolija,
solo me falta añadir
que yo he venido á pedir
la mano de vuestra hija.

Don Fernando:

Honra fuera para mí
tan digno enlace aceptar,
por lo que valeis aquí,
¿mas cómo pudiera dar
una cosa que ya dí?
Mi deudo el Conde de Haro
con mi esposa (que haya gloria)
trató otro enlace preclaro,
dí mi palabra, y es claro
que respeto su memoria.
Dispensadme, pues lo siento,
marchad de otro bien en pos,
que aunque lo dicho lamento,
voy á guardarla de vos,
tras las rejas de un convento.

X.

Entre la vida y la muerte,
lucha el de Osorio hace un año:
no hay para su mal remedio
así se cansan en vano.
Al que pierde la esperanza
ya el existir le es amargo,
que ni late el corazon,
ni tienen los ojos llanto.
Una mañana le entregan
un billete inesperado;
el de Castilla, le pide
permiso de visitarlo.
En el lecho del dolor
le descubre el buen anciano
y su faz nubla la pena
tan solo de contemplarlo.
Pero repuesto le dice;
—Alzad la cabeza, hidalgo,
si amor os tiene sin vida,
amor ya viene á curaros.
Murió en la corte, el que tuvo
de mi palabra el sagrado,
y cumplo como quien soy
mi libertad recobrando.
Llora mi hija tambien
ensueños que se eclipsaron,
acepto antigua promesa,
doy de doña Sol la mano.

. . . . . .

Atónito de placer,
cayó el jóven en sus brazos,
afuera, afuera, doctores,
aforismos, ni Esculapios.
Que cura más la esperanza

con sus purísimos rayos,
que la ciencia que no vé
del corazon los arcanos.

XI.

Aún el curioso descubre,
si nó le teme á las cuestas,
un edificio hoy moderno
que se llama *las Peñuelas* (1).
Allí contemplar le es dado
la siempre admirable cueva,
y el manantial de agua pura
que le convida á beberla.
Y aún puede mirar la encina
y echarse en la plazoleta,
en aguardo de otra *Sol*,
que aún muchas *Soles* nos quedan.

(1) En el camino de Guadix, frente al polvorín de San Miguel. Es posada y casa de recreo

LA CUEVA DE LA MACACA.

Cuento.

Recorriendo las estribaciones del Cerro de San Cristobal, á espaldas de la iglesia de San Ildefonso, en una callejuela sucia como muchas de aquel desgraciado paraje, escondrijo de miserias y de gentes sospechosas, fango corrompido de las grandes poblaciones, que solo sube á la superficie en los dias de calamidades ó de revueltas políticas, encontré hace años al finalizar la calle Baja, un rincón, depósito de cascajo, pero que dejaba visible la entrada de un agujero profundo. ¿Fué casa, fué cueva ó antro de reptil espantable?

Quise averiguarlo, y despues de muchas idas y venidas, y preguntas sin contestación, me contaron lo siguiente.

Á principios de este siglo llegó no se sabe de dónde al mencionado callejón, una pordiosera anciana, de aspecto feroz y repulsivo. Su genio era de tigre, y su rostro tenía mucho parecido á la lechuza. La nariz encorvada en forma de pico, la barba subida hasta la boca, sin dientes, cruzada de arrugas, y harapos por todo traje, la *Macaca,* que este era su apodo, pues se ignoraba su nombre y raza, prevenía en su contra, de tal modo que ni dos dias pasaban sin expulsarla. Corrió todas las casas de vecinos de las cercanías, y últimamente la despidieron de la última. Motejábanla de bruja, y de comerciar en hechizos, y tanto corrió su fama, que la llevaron á los calabozos de la Santa Inquisición. Pero sus artes ó su fortuna la sacaron en salvas, y ella sin duda por vengarse de sus vecinos, escogió el lugar descrito para formarse su cubil. Afirman gentes que lo oyeron de sus antepasados, que el agujero de frente al aljibe, en la misma esquina del montecillo, apenas podría dar entrada á una culebra. La vieja lo fué agrandando, sin más herramientas que sus uñas, y tales serían ellas que á las pocas semanas, se formó una habitación completa. Pero la entrada continuó casi lo mismo. Parecía milagroso que por allí cupiese el cuerpo de un ser humano.

Así es, que la oscuridad reinaba siempre, y ni la más curiosa de las tejedoras de esparto, siempre sentadas trabajando en los dinteles de sus viviendas, pudieron describir nada del interior.

Es más, una madrugada se oyeron fuertes porrazos y al primer rayo del sol, con-

templaron un ferrado postigo con un enorme candado con signos cabalísticos, cerrando la entrada, y sin que se supiese de los artífices de tan extraña obra.

La vieja faltaba semanas enteras de darse al público, y en la última ausencia, vino trayendo en su compañía un ángel, pues no otra cosa semejaba la niña inocente que con pobres atavíos la acompañaba. Era rubia, delgada, ojos azules como los cielos, y sonrosadas como las rosas sus megillas.

¿De dónde venía? Nadie pudo saberlo; únicamente se notaba, que á la oscuridad de la cueva al entrar, se sucedía una claridad vivísima por intervalos. Los supersticiosos no pudiendo darle otra explicación más satisfactoria, la achacaban á las miradas de la jóven, que eran de un brillo y de una dulzura inexplicable.

Todas las mañanas se marchaban juntas como á mendigar por los caseríos, trayendo al volver sus proviciones. Fueron mejorando su equipo, y aún la permitió que un domingo se sentase en una piedra á tomar un rayo de sol. Pero cuando otra muchachuela de su edad se arrimaba á ella para hablarle, la senectud la agarró del brazo, y se encerraron inmediatamente en su recinto.

Las lenguas se cansaron de moverse, y las desocupadas de hacer conjeturas. Pasaron los tiempos y la jóven se hizo una mujer hermosisima.

Ya no la sacaba á mendigar, quedaba sola y metida en la cueva, notándose la rareza de que á pesar de cerrado á piedra y lodo el postigo, sin ninguna clase de luz interior se filtraba una claridad deslumbradora.

Una noche, los vecinos escucharon voces de hombres, y acentos extraños al idioma de Castilla.

Despues de murmurar unas como oraciones y cánticos misteriosos, todo volvió á quedar en silencio.

Al poco rato, oyeron decir á la vieja con un acento que metía pavor.

—Hija de Aldevoram, cúmplase tu sino. Tu padre mató á mi hermana al abandonarla por la que te dió el ser. Si esta noche los espíritus que de mi furor te defienden, no te salvan, los bohemios cumplirán la promesa bebiendo tu sangre en el caldero simbólico de los sacrificios de la tribu.

Grandes sollozos de la niña fueron la respuesta. Mientras el postigo, segun el crugir de hierros que se escuchaba, era clavado interiormente.

El terror detenía hasta las respiraciones del vecindario.

De pronto, sobre el montecillo que cubría la cueva, apareció un mancebo gallardamente vestido con espada al cinto, airoso chambergo y un laud en las manos, pero con un tinte fantástico en todo su ser. La claridad misteriosa se reprodujo á su aparición, pero con la rapidez del relámpago.

Luego, las tinieblas entoldaron el firmamento, y los golpes cesaron de repetirse. La voz de la bella jóven cantó desde su encierro.

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí,
el último de mi madre
y el primero que te dí.

El laud del mancebo preludió breves instantes.

De lejos vine á sacar
mi corazon de prisiones,
que no valen enemigos
cuando el cielo lo dispone.

La vieja cada vez más enfurecida repetía:

—Hijos de Belial, nuestra venganza, nuestra venganza.

La oscuridad se hizo más densa. Culebras de fuego y centellas desgumbradoras cruzaban la atmósfera.

Los que presenciaban la escena mudos de pavor contemplaron elevarse la piedra en que estaba el galán, despues abrirse el techo de la cueva, arrojando de sí á la hermosura, y cerrándose en el instante, y luego un trueno espantoso que hizo que cada uno se retirase frenético de espanto á sus moradas que una lluvia torrencial estubo á punto de sepultarlas.

Cuando á la mañana siguiente se dirigieron al lugar de la catástrofe, solo ruinas encontraron, un inmenso monton de piedras, y el agujero que aún existe.

La puerta de hierro, la terrible anciana, y los extraños seres cuyas voces se escucharon, todo había desaparecido. En el sitio donde se colocara el caballero para la eva sion de su adorada, no existía el más ligero vestigio. Solo se notaba como unas rayas en forma de cruz, que á deshora se cubrían de una luz ténue.

El parage fué desde entonces objeto de terror, que se aumentaba en los aniversarios del suceso, por aparecer la sombra de una espantosa bruja con formidables garras en las manos, que se retorcía dando gritos de rabia y desesperación ahuyentándose solo cuando brotaba la claridad misteriosa. Todos se figuraban, que era el alma en pena de la condenada vieja, y la luz un emblema de la pureza y protección celestial dada á su victima.

Todavía puede visitarse el lugar descrito, y si preguntais á los que allí moran, os responderán que se conoce por el nombre de la *Cueva de la Macaca.*

LA ENCINA DE LA VÍRGEN.

Tradición.

I.

En uno de los valles más pintorescos de la Alpujarra, oculto casi al mundo por los elevados cerros que forman la inmensa cañada ó barranco de Poqueira, existía por los años de 1486 una casa rústica, mitad castillo, mitad habitación de labradores.

Las continuas talas ordenadas por los Reyes Católicos para quebrantar al enemigo de la Fé, y preparar la rendición del último baluarte de la morisma, tenían en continuo sobresalto á los moradores de vega y sierra, y rara vez pasaba una semana sin que las lumbres encendidas en las atalayas árabes indicasen una correría de los ginetes castellanos.

Asi es, que cada alquería, trocada en una pequeña fortaleza, prestaba abrigo á los campesinos moros, que endurecidos por el duro trabajo de sus tareas agrícolas, y por el necesario ejercicio de las armas, los constituian en temibles contrarios y vigilantes centinelas, derrotando en más de una ocasión á los valientes soldados de Castilla, y hasta á los disciplinados guerreros de las órdenes militares.

Aben-Farax se llamada el dueño de aquellos parages, y su mansión la *Casa Triste*. Y no porque su posición topográfica lo fuera; antes, por el contrario, el sol de Mediodia bañada sus contornos, y la naturaleza la rodeaba con sus mejores galas, sombreándola copudos árboles y regándola un manantial claro y abundante.

Aquella denominación provenía exclusivamente del señor de la casa, y á su adusto semblante, y á sus cortas é imperiosas palabras debía el que sus dependientes y esclavos apellidaran el sitio con tan apenador renombre.

Procedente de una antigua familia de Gomeres, Aben residia en Granada en una de las mejores casas del Albaicin, áspero pero cumplido musulmán, y sumamente unido á su rey Muley-Hazen, por quien combatió en todas las revueltas y disturbios que le promoviera su hijo.

Alejado de la corte, y en especial de su antiguo palacio, cuya vecindad era tan afecta á sus enemigos, Farax se retiró á sus campos, y transcurriendo dias enteros sin que una frase saliera de sus labios.

No cabía duda en que un hondo pesar corroia aquel pecho endurecido. Como buén caballero, sentia las desdichas de su patria, por la que derramó su sangre en muchos combates, no siendo su menos cruel herida la que recibió en la toma de la fortaleza de Zahara.

¿Pero sería esta sola la causa? Imposible. Verdad es que desde aquella época su carácter habia variado mucho. En vez de asistir á las zambras moriscas, y de correr cañas y sortijas, luciendo fogosos corceles y ricas prescas, Aben-Farax se encerró en su morada, y apenas se presentaba en público á no ser llamado por el Monarca.

Un pesar secreto lo dominaba. Un deseo no logrado combatía aquel alma de bronce, y solo en las altas horas de la noche, cuando le parecía estar sin testigos que presenciaran su debilidad, paseando en las sombrías alamedas de su dilatado jardin, gruesas lágrimas rodaban por sus megillas. Un esclavo, un negro de familia abisinia, y que desde muy jóven no se separaba de su señor, era el único que parecía tener el privilegio de consolarle y poderle llevar de nuevo á su aposento.

Lo que motivaba la tristeza del moro, y la causa de su determinación de habitar la casa rústica y solitaria, vamos á saberlo, encaminándonos trás el, en una de estas noches de tan hondo sentimiento,

II.

La llamada rota de Zahara fué cruel para los cristianos. El viejo Muley, rompiendo la tregua, entró por asalto la villa, y los moradores que no sucumbieron en la pelea, fueron conducidos como *manadas de ganado* á la capital, causando su miserable estado honda sensación en los granadinos. Según la historia, en vez del júbilo de vencedores, la tristeza se apoderó de todos los ánimos, y las provisiones acumuladas para celebrar el triunfo, se distribuyeron entre aquellos infelices. Hombres, mujeres y niños, se hicieron lotes para repartir á los soldados, tocando rica presa á Aben-Farax, que ya dijimos fué gravemente herido en la primera escaramuza.

Entre los esclavos que le correspondieron en el reparto, se hallaba una hermosa doncella hija de uno de los capitanes de la perdida fortaleza.

Lucia de Haro, apenas complía los diez y siete años y era un dechado de virtud y donosura. Huérfana de madre, la educó una buena y anciana sirvienta, víctima de la cimitarra, por defender á su señora.

Acometida la jóven de un fuerte desmayo al contemplar los sarracenos, fué llevada, en tan sensible estado hasta la capital, en el caballo de uno de los cabos de Aben-Farax, más que por lástima de su juventud, como trofeo y segura prenda para vengarse el adusto moro en la hija del cristiano que le infirió la terrible cuchillada.

Y he aquí la razón de que la seductora Lucía se encuentre en la mansión del infiel, en uno de sus más ricos y perfumados aposentos.

La noche á que nos referimos, Aben, ataviado con sus mejores galas, penetró en la estancia de la cautiva.

Su rostro parecía sereno, y una timidez impropia de su condición denotaba que se

habían cambiado los papeles, y que el señor era el más sumiso de los esclavos. La jóven, al verle entrar, se puso de pié, pero Farax exclamo:

—Sientate, bella nazarena; esos cumplidos que otorgas al que miras como dueño, laceran mi alma.

—Estoy en vuestro poder, señor,—contestó con altivez la castellana.

—Plegue á Allah que nunca te hubiera conocido, ó que la herida que me causó el capitan, profundizara hasta quitarme la vida.

—Mi padre combatia bajo la bandera de la cruz, defendiendo la fortaleza, y si la suerte fué contraria, no es suya la culpa.

—No me quejo, Lucía; en la guerra es triste pero necesaria condición morir ó matar ¡Nunca fuera ante los muros de Zahara!

—Por mi mal lo quiso el cielo.

Pues bién es necesario que hoy quede terminado todo.

—Lucía, yo te amo, con un fuego que inunda mi ser, que me devora y hace de mi el más desgraciado de los creyentes. Eres la única mujer ante quien he doblado la frente sumiso y loco, ciego por mi pasión, vengo á pedirte que la correspondas, que me ames, y serás la única reina del harem, la dueña absoluta del nunca enamorado musulmán.

—Os agradezco mucho, Aben-Farax, las bondades que habeis tenido con mi desgracia, pero lo que me pedís es imposible. Nos separa un abismo, y en mi alma solo puede haber para vos algunos destellos de amistad.

—¿Con que nunca corresponderás á mi afecto?

—Jamás.

La frente del moro se iba nublando por momentos, y la fiereza amortiguada se despertaba con doble brío.

—Desgraciada—añadió;—no sabes que estás en mi poder, y que puedo tomar por la fuerza lo que no quieres concederme de buen grado?

—Antes morir,—replicó Lucía;—la Virgen Santa defenderá mi pureza, y si á tanto os atreviérais, un cadáver tan solo hallareis entre vuestros brazos.

—¿Tanto me odias?.

—Odiaros, no. Pero nunca amaré al enemigo de mi religión y al que tiñó sus armas en la sangre de mis compatriotas.

Aben-Farax, haciendo un violento esfuerzo quiso atraer hacia sí á la jóven, pero esta, rápida como el pensamiento, cogió la acerada gumía que entre el chal que le sevía de faja llevaba el mahometano, é hizo ademán de clavársela.

Este, ébrio de furor, exclamó.

—Maldiga Allah la hora en que te conocí, desagradecida nazarena, yo sabré vencer mi debilidad, y puesto que quieres acabar tu existencia, será, pero de modo que sirva de escarmiento á todas las esclavas castellanas.

Dicho esto, se alejó con pasos precipitados, llamando con ronca voz, al negro Ali, su favorito.

Lucía cayó de rodillas, y una tierna plegaria salió de sus labios, tan pura como el suspiro de un ángel, tan dulce como el aroma de una rosa de Alejandría.

III.

Oscura y triste fué la noche que siguió á las escenas que acabamos de describir. Fuertes relámpagos cruzaban el espacio, y el trueno retumbaba con repetidos y pavorosos ecos en todas las vertientes de Sierra-Nevada.

En medio de un cerrado bosque de encinas, límite al Norte de la hacienda de Aben-Farax, se hallaba un árbol de tan grandes dimenisones que llamaba la atención de los labriegos, á la vez que cierto temor supersticioso les acometía cuando pasaban á su alrededor. Desde la llegada del rico muslim ostentaba la encina en una de sus gruesas ramas un dogal de durísima cuerda, como emblema de su despótico poder y amenaza constante á sus siervos, ¡Ay! que iba á llegar la hora de que el suplicio tuviese una víctima.

Al estellido de la electricidad, podíase descubrir el horrible rostro del negro, que con una expresión satánica, colocaba el lazo al cuello de la infortunada Lucía, la que reclinada contra el tronco, se mostraba insensible por el desmayo que la oprimía, producido por las emociones de un terror sin límites.

Cuando acababa su odiosa tarea Alí agarró con ambas manos la cuerda para suspender el cuerpo de la jóven, y cometer el más terrible de los crímenes.

—Así perezcan todos los que causan pesares á mi noble amo, dijo con una especie defuria el abisinio.

La cuerda ante tan fuerte presión levantó en alto á la bella.

La violenta sacudida que experimentára la hizo volver de su letargo y solo pudo exclamar:—Vírgen Santa favorecedme.

Apenas pronunció estas palabras cuando un vivísimo relámpago y un trueno horrible llevaron el espanto á la comarca. La lluvia se desprendió en formidables cataratas, y solo la imágen del caos fueron en tan lúgubre noche aquellos valles de la Alpujarra.

IV.

Al aparecer el sol en la mañana siguiente, Aben-Farax tomó el sendero del bosque. Inquieto por la tardanza de su esclavo que no había regresado al castillo, su insomnio fué aún más cruel que de costumbre.

¡Pero qué espéctaculo se presentó ante sus ojos al llegar al sitio que ocupaba la robustísima encina! En vez del cadaver de la cristiana suspendido del lazo fatal, halló el de su fiel Alí, ocupando el sitio destinado para aquella, y á quien la lividez de una muerte violenta hacía aún más espantoso. Una centella al atravesar las frondosas ramas del árbol, había formado por cima de la cabeza del negro una perfecta cruz, completamente visible, y en ningun lado ni vereda se descubría rastro de la jóven.

Aben, frenético, espirando de rabia y de dolor, volvió á su morada, mientras sus servidores decían tristemente:

—Mal haya la toma de Zahara; hundídose ha el reino granadino.

Ni valeroso soldado, ni tímido labriego pudo acercarse á recoger el cuerpo de Alí. La imágen de la cruz allí fija los espantaba.

Solo Aben-Farax, perdida enteramente la razón, pasaba algunas horas contemplando el aterrador esqueleto, y pronunciando el nombre de Lucía.

V.

Cuando la mano del Todopoderoso libró á España de la dominación de los musulmanes por la victoriosa espada de los Reyes Católicos, los cristianos que ocuparon las tierras de Farax, tuvieron para la encina un tiernísimo culto. Debajo de la cruz que al parecer dibujó el rayo, grabaron una tosca imágen de la Vírgen, pues decian que nuestra amada Madre de Dios, había salvado en tan terrible noche á la jóven castellana que implorara su ayuda. A milagro, (y milagro hubo de ser), atribuian el castigo del negro y la salvación de Lucía, á quien al dia siguiente encontraron en una cumbre, ya rendida de fatiga, unos esploradores fronterizos.

Desde entonces ol árbol fué conocido con el nombre de *Encina de la Vírgen*, y muchos siglos después, objeto de grande veneracion. Es más, afirman gentes antiguas, que todo el que se cobijaba bajo sus ramas, preso de malos pensamientos y vengativas ideas, á los pocos minutos desaparecian estas por encanto, volviéndose tranquilos á sus moradas libres para siempre de enemistades y odios. La sencilla aldeana le llamaba tambien *árbol del perdon*, y hubo ocasiones en que á su sombra conducian á las familias que se encontraban en querella, las que tornaban pacíficas, por la intercesión milagrosa de la Vírgen.

*
* *

El tiempo, que todo lo borra, no ha dejado huella alguna del árbol milagroso; hoy el bosque es terreno de sembradío; la *Casa triste*, ruinas informes, y solo este sencillo relato es lo que queda de los sucesos de aquellos siglos.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
El palacio del Harmés	3
El Patio hondo	7
La Cueva del renegado	12
Fraile y medio	15
El Príncipe Adderramen	21
Mare-pinga	27
La sombra	35
La cueva de la Macaca	40
La encina de la Vírgen	43

Errata importante.

En la página 11, renglón 9, falta el verso siguiente:

«no descubrirá el terreno»: